CONQUISTA ESPACIO



LOS QUE NO ESTAN

Frank Caudett

CIENCIA FICCION

LOS QUE NO ESTÁN

Título Original: *Los Que No Están*

Colección: La Conquista Del Espacio 684
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

PRÓLOGO

Era algo serio, sí.

Algo fuera de serie, también.

De la raza seminóle[1] y muy tropical toda ella.

Muy hembra que se dice…

Con un cuerpo elástico, vibrátil como la palmera, que de tan dúctil parecía construido en junco y cáñamo, que daba la sensación de no tener articulaciones y que al mismo tiempo podía doblarse en todas direcciones, encogerse, dispararse, que se contorsionaba con una facilidad de pasmo…

Coco Malatxi, decíamos. Sensacional. Piel cobriza. Facciones exóticas de grandes y profundos ojos negros, nariz breve, labios tremendamente sensuales, cabellos color tinieblas con destellos azulados brillantes…

Con un dos piezas de infarto, cubriendo la exhaustividad de sus formas primitivas, agrestes, auténtico desafío a todas las leyes establecidas, imán erótico que atraía el deseo lúbrico obnubilando las demás razones…

El, como asombrado, la miraba con extraordinaria fijeza.

—¿Ocurre algo conmigo, Donald? —inquirió la bella seminóle.

—No… Excepto que jamás te había contemplado tan extasiadoramente bella como te estoy viendo ahora.

Cocó hizo algo muy parecido a un runruneo gatuno.

—¿Y no será porque no te habías preocupado de mirarme bien?

—¿Me crees capaz de haberte poseído sin reparar en la prodigalidad de tus encantos, Cocó?

Se contorsionó provocadora toda ella, ondulando su cuerpo sensitivamente feroz dentro del inquietante, alucinante mejor, bikini.

—A juzgar por lo que dices… Pero me alegra oírte hablar así, Donald.

Donald Evans, perdidos ahora sus ojos en la hierba acuática, en los nenúfares y azucenas que salpicaban el canalillo por el que serpenteaba la piragua cuya canaleta[2] manejaba con la diestra, tardó en decir:

—Sucede, muñeca, que a veces nos parece tan natural y lógico aquello que poseemos, que muy de tarde en tarde somos capaces de valorarlo con justicia haciéndole todos los honores que se merece.

El sol rielaba las inquietas aguas y los claros resultaban deslumbrantes por el contraste con las sombrías profundidades de los cipresales.

—Suena bonito, amor —aceptó la excepcional hembra. Y añadió—: Me hace enormemente feliz escuchar esas palabras de tus labios. Me excita…

—¿Te excita, Cocó?

Sonaban por doquier los alegres trinos del cardenal y el reyezuelo, dominados por el canto vibrante de la oropéndola. A intervalos, replicaban con sus gritos furiosos los halcones rojos que revoloteaban por encima de los gigantescos árboles.

—Te deseo… he querido decir —matizó la desbordante seminóle—. Y pienso que me has entendido perfectamente.

—Me gusta que me lo digas, Coco. A los hombres también nos encanta que una mujer paradisíaca insista en que le gustamos, en que nos desea, en que quiere hacer el amor con nosotros.

—Eres igual que tu padre, Donald.

Evans, como sorprendido por las últimas palabras de ella, enarcó las cejas.

—¿Le conociste? —preguntó al fin.

—No. Pero Stella[3] me ha hablado mucho de él. Y por lo que me ha contado, de tal palo tal astilla. Aventura, violencia, pasión, mujeres… ¿Has conocido a muchas, verdad?

—Las suficientes. Pero ninguna como tú. Debe ser lo mismo que le sucedió a mi padre con Stella. Tenía devaneos con estupendas espías pero acababa siempre volviendo junto a su fiel seminóle.

—Entiendo —sonrió la chica. Matizando—: Te justificas a ti mismo a través de las andanzas de tu padre. Quieres decir que vuelves a mí después de pasártelo bien con otras.

—¡Por favor, Cocó!

Encogió la preciosa indígena sus cobrizos y desnudos hombros.

—A pesar de todo lo entiendo, Donald. Tu labor en la «KOSMOS SECURITY» te lleva a conocer mujeres muy hermosas… ¡Oye! ¿Has conocido a alguna extraterrestre que nos supere a nosotras en belleza?

No dio respuesta él por el momento.

Sentado en la popa, manejando el canaleto con habilidad y destreza, introdujo la embarcación entre dos troncos y encalló junto a un adormilado cocodrilo que, bruscamente sacado de su plácida somnolencia, sumergióse de inmediato emprendiendo veloz huida.

—De los planetas y satélites hasta ahora, no te diré descubiertos pero sí visitados por el hombre, sólo Marte tiene civilización e historia. Mas son distintos a nosotros y no en lo físico donde la similitud nos aproxima bastante, sino en lo psíquico. Ellos programan el amor, lo dominan, y es una consecuencia más. Un acto racional. En nosotros es por completo irracional puesto que nos hace sentir las más turbulentas pasiones y cometer las acciones, a veces, más aberrantes e impensadas.

—No era eso lo que te había preguntado, Donald.

Él se limitó, ahora, a responder con un monosílabo:

—No.

—¡Oh, qué alivio! —suspiró un tanto burlona la seminóle—. Al menos sé que no me has traicionado con ninguna alienígena.

—¿A qué viene hoy todo eso, Cocó?

—Celos… ¡a lo mejor! ¿No te gusta que sea celosa?

Evans dio un fugaz vistazo a los margallones de hojas en forma de abanico de floración amarilla, a las interminables hileras de cipreses, que parecían marciales regimientos de soldados con el agua bañándoles las rodillas y la afilada y agudísima copa, a veinte metros de la superficie del pantano.

Entonces dijo:

—Vivimos en el 2033, Cocó. Algunos sentimientos, los celos entre ellos, pertenecen al pasado. Hay ciertas tradiciones seculares que…

—No lograrán borrar ni el paso, de miles de siglos —le cortó ella con premura. Matizando, muy significativamente—: Entre ellas, Donald Evans, los celos.

—¿Hemos venido a discutir posturas más o menos radicales, Cocó?

—No… ¿Cuánto tiempo estarás conmigo, Donald?

—Lo ignoro, preciosa. No depende de mí.

Ella, sin pronunciar palabra ahora, miró en derredor.

Lugar ideal.

Rincón nostálgico.

Un mundo diferente.

—Eso es muy ambiguo, amor —protestó la chica con voz suave, cantarina, que producía un extraño cosquilleo en los sentidos del hombre.

De súbito, rodeó con la diestra el flexible talle de Cocó y la atrajo contra su poderoso tórax hasta que, inclinándose, su boca estalló sobre la carnosidad frutal que eran los labios de ella.

Labios sangrantes que se habían entreabierto para devorar los del hombre dejando escapar, a la vez, su tibio aliento. Un aliento tan cálido y excitante que enervaba los instintos de Donald.

—Eres preciosa, Cocó —murmuró con la respiración entrecortada—. Adorable. Jamás he tenido entre mis brazos una mujer tan deliciosamente frágil como tú, tan…

—Donald, por favor…

—¿Qué, mi vida?

Cuando él esperaba la proyección al umbral de lo supremo, la invitación y casi la exigencia de iniciar la vorágine enloquecedora del amor, dijo ella:

—Sigues sin haber contestado a mi pregunta.

—¡Oh, Cocó, por Dios! —se desesperó él—. ¿Puede saberse qué te ocurre hoy?

Miró ella rectamente los preciosos y vivos ojos azulados de aquel rubio torreón masculino que frisaba con las ondas de su cabello los dos metros de altura. Anunciando:

—Soy algo más que el reposo del fascinante guerrero del espacio que abandona las azules estepas del infinito para volver a su planeta en busca de relax. Quiero ser parte tuya, integrante en tu vida, saber de ti, ayudarte incluso. Tienes que darme la oportunidad de ser algo más que un simple instrumento de evaluación sexual. Eso pasó, Donald. Tú lo has dicho antes, ¿no? Estamos en el 2033.

—De acuerdo —se rindió Evans. Explicándole—: cabe la posibilidad de que muy en breve tenga que reintegrarme con urgencia a la disciplina de la organización a que pertenezco.

—Me dijiste que esta vez disfrutarlas de unas largas vacaciones…

—Estoy intentando ser sincero contigo, Cocó —corrigió Evans con acento de leve matiz autoritario que encarnaba una suave reprimenda. Añadiendo—: Estoy intentando darte esa opción que me pides de ser para mí lo que tú deseas ser, ¿me dejas?

Bajó ella su testa de chispeantes hebras azabaches para musitar, como avergonzada:

—Perdona…

Donald, que quizá lamentaba su intransigencia, bajando los labios en verso a un impulso irrefrenable, besó con largueza los suaves cabellos de Cocó.

Después, dijo:

—Últimamente se han producido unos acontecimientos que permanecen en secreto. Cuando menos no han trascendido a la opinión pública. Hace unos siete meses, la cifra aproximada, se puso en órbita desde la estación espacial IONOS-A2 un vehículo espacial tripulado que tenía por misión acercarse al máximo a Venus y obtener fotografías de su corteza y accidentes geográficos. Como la distancia entre aquel planeta y el nuestro oscila según la posición de ambas órbitas entre los 41 y 258 millones de kilómetros, la operación estaba programada de forma que la distancia entre la Tierra y Venus cuando nuestro ingenio espacial se aproximase a éste fuera de 101,7 millones de kilómetros…

—Me fascina oírte hablar de tu trabajo, Donald —se interpuso. Dulce tenue, la voz de Cocó—. Casi tanto como cuando me hablas de amor o me dices lo mucho que me deseas. ¿Me deseas, Donald…?

—¿Y tú, deseas que te siga hablando de mi faceta profesional?

—¡Te lo he dicho! —exclamó la excitante seminóle—. Me fascina…

—Pues no me interrumpas entonces, ¿eh?

—Tienes razón.

Se habían sentado en el suelo húmedo de uno de los parajes de aquella zona subtropical de Florida que se conocía con el nombre de The Everglades. Muy cerca uno del otro, rozándose sus cuerpos, como estimulándose sensualmente…

Prosiguió el avasallador ejemplar masculino de atlética naturaleza y persuasorios ojos azules:

—La astronave avanzó a través de la órbita prevista y calculada pero encontrándose a una distancia de 24 millones de kilómetros con respecto a su horizonte de lanzamiento, viose succionada por la fortísima atracción de un campo gravitatorio que, al parecer, la hizo salir casi de forma violenta de su trayecto para hundirla en una zona que los observadores denominan Precipicio Volstar. La sorpresa de los tripulantes fue mayúscula cuando se encontraron en las inmediaciones de un satélite natural desconocido para nosotros al que bautizaron con el nombre de Exit, quizá porque lo habían descubierto al salir de la

órbita programada.

—¡Qué emocionante!

—Chiiiist… —puso Evans dos dedos sobre los labios de Cocó—. Según confesaron los propios astronautas fue un milagro que lograran zafarse a la poderosa atracción de aquel campo gravitatorio que pareció decrecer con la llegada de lo que podía considerarse noche del astro que habían decidido denominar EXIT[4], y que lógicamente aprovecharon para reintegrarse a su órbita originaria pero, corrigiendo su trayecto e involucionándolo para regresar a la IONOS-A2 y comunicar su asombroso descubrimiento. Joe Fitzgerald, responsable de la astronave y comandante de la SPACE FORCE de los Estados Unidos se trasladó desde la estación espacial a la sede de esa organización en Washington requerido por las altas eminencias de la astro y cosmonáutica americana ya que, reveladas las fotos que pudieron obtener en el tiempo que permanecieron en aquel campo gravitatorio de atracción, existía la sospecha de que el satélite EXIT esté habitado. Joe Fitzgerald manifestó que dada la situación caótica en que se vieron inmersos, cuanto pudieron observar con respecto al astro fue por causa de estudiar la forma de zafarse a la atracción que por interés científico.

—¿Me dejas que adivine una cosa, amor?

—¡Adelante! Porque si no callas revientas, ¿verdad?

—Verdad. Y tan verdad como que los miembros de la KOSMOS SECURITY correréis con la misión de investigar lo que realmente ocurre en ese astro, ¿no?

—Exacto. Pero no como novedad o excepción, pequeña. El nuestro es un departamento cuya razón de ser es, precisamente, cuidar de la seguridad del cosmos en líneas generales y muy en particular de todo aquello que pueda tener incidencia en nuestro planeta. Si EXIT está habitado es preciso que sepamos la condición de los seres que lo pueblan, sus inquietudes, la finalidad de su existencia, si son pacifistas o bélicos, si desean o no integrarse en una convivencia a nivel confederado en el aspecto interestelar, etcétera.

Cocó runruneaba al tiempo que su cabecita procuraba cosquillear en el cuello y tórax de Donald.

Preguntando:

—¿Por qué tú, amor?

—A ese interrogante mejor podría responder el jefe.

—¿El jefe?

—Jeremy Power, director de la KOSMOS SECURITY.

—¿Es atractivo?

—Tan poco como yo celoso. Pierdes el tiempo, Cocó.

—Sí… Estoy perdiendo muchos minutos de… ¿Me deseas?

—¿Lo dudas?

Las manos de Donald Evans, despacio, libraron el cuerpo de Cocó de la prenda superior para, seguidamente, acariciar con las yemas aquel par de volcanes ardientes, rabiosos, rígidos, que eran sus pechos cobrizos de brutal atracción lúbrica.

Ella se recostó atrás, apoyándose con las palmas de las manos en la húmeda vegetación luego de volver los brazos, para que fuese la boca de Evans, voraz, hambrienta, la que castigara las coronas ferozmente erectas de las carnales cordilleras, hasta hacerla suspirar de excitación:

—¡Aaaah! Donald… ¡Donald! ¿Qué me haces?

Zozobró en brazos de un incipiente éxtasis aquel cuerpo de fuego y él se precipitó ya, sin poder evitarlo, hacia la absoluta posesión.

CAPÍTULO I

Marina Markelovna, mientras iba preparándose un par de bocadillos para consumir una cena fría, pensó, con interior satisfacción y hasta con extraordinaria alegría, que ella podía llegar a ser una vidente si se adaptaba a los métodos y enseñanzas del profesor Antipov.

Fue en aquel preciso instante cuando con fuerza, mejor violentamente, retumbó un estruendoso portazo en la buhardilla superior.

Lógicamente tenía que haber sido a causa de una ráfaga de viento…; pero las aseveraciones del profesor Pavel Antipov mantenían con firmeza inquebrantable que aquel tipo de actos procedían de las fuerzas ocultas que rodean a toda persona.

Marina se quedó rígida.

Enhiesta como una estaca clavada en el suelo a martillazo limpio.

¿Qué pensar…?

¿Podía ella captar, realmente, la presencia de las fuerzas ocultas?

Un suspiro huyó de sus labios al mismo tiempo que trataba de sosegar sus inquietudes al amparo de explicaciones racionales, reintegrándose por entero a las tareas domésticas.

Pero…

¡Un segundo y estridente portazo!

Esta vez había sonado muchísimo más cerca.

¿Acaso venían a su encuentro aquellas fuerzas que un día no muy lejano estaría capacitada para identificar?

Marina Markelovna era un ser humano y por tanto no pudo evitar la subsiguiente emoción. Sensación mejor… De pronto comenzó a sentirse vivificada por un espasmo de terror ancestral, infinito, que como enorme gusano empezaba a correr y corroer las percepciones de su

mente, mutándolas.

Temblaba…

Ya no le restaba la menor duda.

¡Las fuerzas ocultas se estaban acercando a ella!

Y fue de súbito, inesperadamente, cuando se abrió la puerta de la cocina.

SOLA…

Se había abierto, sola

Sin que mano alguna, visible al menos, accionase el tirador.

Y…

SE FUE CERRANDO CON EXASPERANTE LENTITUD.

Marina Markelovna, llevándose ambas manos al pecho y luego a la garganta, retrocedió precipitadamente hasta que su espalda chocó contra la pared.

Aullando:

—¡No…, por favor! ¡Noooooo!

Pero ninguna voz humana dio respuesta a su ruego febril, enfervorizado.

Y uno de los objetos que había sobre la mesa empezó a moverse lentamente, un objeto… ¡que era el cuchillo de cocina!

Tan grande era el pánico que mecía a la mujer, joven y atractiva mujer por cierto, que sus cuerdas vocales se negaron a lanzar el alarido que su cerebro trataba de patentizar en los labios sirviéndose de aquel ordenador humano que se llamaba sistema nervioso. Pero el computador neurovegetativo se negaba a obedecer y el alarido no brotaba, no contribuía, por lo menos, a relajar la terrible tensión que flagelaba a la muchacha.

Y el cuchillo de cocina, terrible, horriblemente grande, aumentada su imagen por la misión microscópica que sobre él ejercía el miedo que confundía los engramas de la Markelovna… el cuchillo tremendamente gigantesco, decíamos, solo en el aire y movido por una fuerza tan oculta como misteriosa, avanzaba… *Avanzaba en dirección a la garganta de Marina Markelovna.*

Y ahora sí que pudo desahogarse. Ahora lo consiguió. Obtuvo el bramido de desesperación que evidenciaba todo su horror.

—¡¡¡Auxiliooooooooooo!!!

Ni aquel aullido infrahumano ni cien millones más de ellos, más estentóreos incluso, más alucinantes si cabía, podían detener el avance

de… las fuerzas ocultas.

Y así, no sin que antes volviera Marina a chillar…

—¡¡¡Piedaaaaaaaaaaad!!!

…el cuchillo penetró en su cuello terso horadándolo de parte a parte, cruzándolo con inmediato chorreo sangriento, segando con tajo mortal y para siempre, no ya los gritos sino también la voz.

Marina Markelovna, pegada al muro, fue resbalando hacia tierra hasta quedar doblada como una marioneta de trapo, como un siniestro y estremecedor pelele, bañándose en el caudaloso lago que formaba su propia sangre.

* * *

Fadei Voroniuk jamás había oído hablar del miedo ni tan siquiera sabía el significado de aquella palabra.

Sin embargo, aquella noche, al entrar en la habitación que ocupaba en la residencia de Antonina Alexandrovna Stepanovna, experimentó una extraña sensación que no recordaba haber sentido nunca.

Y se le ocurrió, de súbito, sin saber cómo ni por qué, ponerse a pensar en las fuerzas ocultas.

¡Menudo absurdo!

El, desde luego, aceptaba las teorías del profesor Antipov, pero nunca hasta el extremo de temerle a algo que, por mucho que se concentrar, estaba seguro de que no lograría ver nunca.

Se quitó el chaleco de piel, tirándolo encima de la cama.

¡PLOC!

¿Un ruido?

Sin duda, habría sido en el piso de arriba.

Sentóse en la cama empezando a desabrochar los cordones de las botas y ahuecando los labios para silbar una tonadilla que…

¡PLOC!

Ahora el golpetazo había sido más seco… había sonado mucho más cerca.

«Esa gente de arriba… —pensó—, ¡qué paciencia hay que tener con ellos! Y eso que no tienen niños, sí no…

¡PLOC! ¡PLOC! ¡PLOC!

No… *No era aquella gente de arriba.*

Voroniuk, ahora, estaba completamente seguro de que había sido en

su propia habitación. A su espalda.
Se revolvió al instante.
Para ver lo imposible. Lo que nunca había pensado que podría ver.
Un extraño instrumento, instrumento agresivo por supuesto y de características similares a las pistolas láser empleadas por los policías espaciales, que parecía sostenerse en el vacío sin que le afectase para nada la ley de la gravedad.
Pero muy dentro de sí, Voroniuk, sabía que aquel arma estaba sostenida por alguien… por alguien que él no era capaz de ver.
¡Pero…! ¿Por qué alguien a quien él no podía ver quería hacerle daño?
Y el arma letal, siniestra, seguía empuñada con firmeza por aquel ser impensado, pero existente que las dilatadas pupilas de Fadei Voroniuk, no acertaba a concretar.
—¿Quién… quién es el gracioso que anda haciendo juegos malabaristas, eh? —preguntó por preguntar, por decir algo, por ahogar, quizá, el miedo que como un huracán empezaba a sacudirle.
Silencio.
Sepulcral silencio por respuesta.
Y tras el breve lapso de silencio o prolongación del silencio que reinaba en la estancia… los ojos horrorizados de Voroniuk que presentaban la sensación de querer huir, atropelladamente de las órbitas, captaron con claridad cómo la pieza que equivalía al gatillo de aquel arma sofisticada comenzaba a tensarse hacia atrás, cediendo a la presión de un dedo invisible.
Ahora sí.
Ahora, más que miedo, fueron oleadas de pánico las que batieron su anatomía hasta producir un temblor.
Y el grito surgió de su garganta tan patético como espontáneo:
—¡No quiero morir! ¡Noooooo!
¿Y qué… que él no quisiera morir?
Porque brilló un rayo azulado procedente del cañón del instrumento mortífero. Un rayo que formó aura alrededor del cuerpo de Voroniuk, el cual se crispó, empequeñeció velozmente, dentro de aquélla.
¿Y qué…?
De Fadei Voroniuk, quince segundos después, sólo quedaban en la estancia, cenizas.
Había sido carbonizado.

Convertido, sí, en cenizas.

* * *

Para el profesor Pavel Antipov, las noticias que recibió a la mañana siguiente restallaron en el interior de su cerebro como auténticos aldabonazos de muerte.

Ellos… eran ellos. Los seres de otros mundos, de otras civilizaciones, que habían llegado a caballo de las fuerzas ocultas que movían gracias a su superioridad psíquica.

El próximo… sería él.

Por eso recorrió precipitadamente a su hogar y le dijo a su esposa Agafia Tikhonovna Orletsova que, sin efectuar la menor pregunta ni el más insignificante comentario, se dispusiera a cumplir inmediatamente todo cuanto él iba a ordenarle.

—Son cosas muy extrañas, lo sé —le dijo por toda explicación—. Pero debes obedecerme si deseas que siga viviendo.

—¡Pavel! ¿Cómo puedes dudar eso?

—Pues bien —repuso el profesor, seguidamente—, voy a encerrarme en mi despacho… luego de haber quitado de él cualquier objeto o instrumento que sirva o pueda utilizarse para causar daño físico. Tú te encargarás de que antes de media hora tenga los víveres y vituallas necesarias para pasar en su interior un par de semanas si es preciso. ¿Has comprendido?

Era imposible que Agafia Tikhonovna comprendiera aquel brusco cambio de actitud de su marido, aquella extraña mutación que hasta parecía haberle alcanzado en lo físico, pero no obstante, sin pedir la menor explicación, obedeció sus instrucciones con la mayor presteza.

Pavel procedió inmediatamente a desalojar su despacho mientras Agafia se encargaba de hacerse con las provisiones solicitadas.

Una hora después, el profesor Antipov quedaba encerrado en su despacho con doble vuelta, luego de haber sido arrojada la copia de la llave cuyo original estaba en su poder, al wáter.

Y empezaba a partir de aquel instante el calvario de un hombre que había querido esforzarse, estudiar en profundidad aquella otra dimensión en que se movían los seres procedentes de lejanas civilizaciones que venían para observar a los terrícolas y que se servían para ello de fuerzas ocultas y canales telepáticos.

Canales a los que Pavel Antipov estaba seguro de poder integrarse

en un futuro bastante inmediato.

El calvario, sí, había comenzado. Más que eso, auténtico suplicio.

Que se prolongó a lo largo y ancho de 52 horas de cronómetro, hasta el momento justo y exacto en que… el pomo de la puerta de su despacho empezó a girar sin nada visible ni audible que justificara tal modificación.

Pero Pavel Antipov supo que la puerta de su despacho se había abierto primero y cerrado después… dejando paso a algo.

Por mucho que se esforzaron sus cansadas pupilas grisáceas… no logró distinguir la vida deseada, la concreción, de aquel ser que venía a grupas de las fuerzas ocultas.

De un ente que él sabía muy cerca.

—¿Quién… quién anda por ahí?

Mutismo absoluto,

Y siguió el silencio… pese a que pudo comprobar con meridiana claridad cómo giraba la butaca de pie metálico, a rosca, que tenía al otro lado de la mesa… ¡lo mismo que si alguien acabara de tomar asiento en ella!

Pavel Antipov estaba mortalmente pálido, lo que se dice acribillado por el terror.

Hasta que tras unos instantes de incertidumbre espectral, habló una voz grave, cavernosa y primitiva.

—Tranquilícese, profesor Antipov. No pienso hacerle ningún daño… a menos que usted me obligue, claro. ¿Entiende?

—Sí, sí… —balbució, con débil hilo de voz. Y tuvo arrestos para inquirir, pese a todo—: ¿Quién… quién es usted?

—Yo soy, profesor, *uno de los que no están.*

—¿Que no están… dice?

—No estamos para ustedes los terrícolas, porque no nos pueden ver. O mejor dicho, queremos evitar que nos vean para no producir un virus de terror colectivo.

—¿Y cómo… cómo puede usted hablar en mi idioma?

—No somos entes mutantes y por ello no podemos adoptar sus propias formas, las de ustedes, y presentarnos bajo ellas. Pero nuestro complejo mental es infinitamente superior al de los terrestres y gracias a las células didácticas y traductoras de nuestros cerebros podemos expresarnos en cualquier lengua de las de uso en la Tierra.

—¿Y… de dónde proceden?

—¿No le parece que para encontrarse en la situación que se halla, hace usted demasiadas preguntas, profesor? —fue la interrogante respuesta del ser. Del invisible. Que prosiguió—: No obstante, voy a satisfacer su curiosidad. Procedemos del asteroide recién y casualmente descubierto por los terráqueos y que denominan EXIT.

—¡Pero eso es…!

—¿Imposible, profesor? —inquirió con cierta ironía aquel que decía ser uno de *los que no estaban*—. ¡Por favor! Le creía más… inteligente. Nosotros llevamos más de diez años viviendo aquí, estudiándoles, captando datos… Y eso, porque EXIT, un pequeño mundo de mil trescientos kilómetros de diámetro tiene unas características de habitabilidad, unos accidentes geográficos y un entorno vital muy similar al de la Tierra, pero en miniatura. Pero nuestro suelo es infinitamente paupérrimo, ¿sabe? Necesitamos muchos de las cosas, de las sustancias, de los minerales y un largo etcétera, que ustedes poseen. Nuestra continuidad peligra y hemos pensado en ocupar un astro de superiores proporciones físicas que EXIT. Y para eso, precisamente, nos hacen falta muchas de las cosas que ustedes tienen.

—¿Piensan… piensan invadir la Tierra?

—No. Si no es necesario, claro. Las miras de *los que no están* se hallan puestas en ese astro vacío, sin civilización, al que me he referido. Y para ello hemos de contar con la ayuda… desinteresada o *forzosa,* de los terrícolas. Por eso estoy aquí con usted, profesor.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó, más tranquilo quizá, mejor situado en la circunstancia, Pavel Antipov.

El ente no concretó la respuesta a los términos exactos en que el terrestre acababa de formular la pregunta. Dijo:

—Nadie puede vernos, a excepción de ustedes, los videntes, por lo cual nos hemos visto obligados a eliminar a todos aquellos que poseen las mismas percepciones sobrenaturales que usted, sus poderes para-pensantes y parapsicológicos pero cuidando, eso sí, de que uno haya quedado con vida en cada país o nación del mundo para que nos ponga en contacto con las esferas de poder terrícolas. Usted… —la voz del ser pareció hacinarse como un rayo de fuego, al agregar—: Usted *puede verme,* profesor Antipov, con sólo conseguir un flash de concentración. Hágalo, por favor… ¡Concéntrese!

Pavel, casi acurrucado en el fondo de su butaca ahora, cerró los ojos apretando los párpados con fuerza, intensamente. A la vez que centraba toda la potencia de su aparato pensante, de su encéfalo, en un solo y

único objetivo. Después, de pronto, abrió los ojos.

Y vio…

Vio un algo marronáceo, difuso, que producía repelo y excitaba al máximo el instinto de la repulsión… Un ente de proporciones gigantescas, no humano, por supuesto, cubierto de un largo y tupido pelaje, que tenía en mitad de lo que podía aceptarse como frente, una enorme pupila enrojecida, mejor ensangrentada, córnea.

La morbosa visión apenas se prolongó por el espacio de unos veinte a treinta y cinco segundos.

Pero el extraño y dantesco alienígena que decía ser de *los que no estaban* y proceder el minúsculo asteroide EXIT, prosiguió:

—Como ya le he dicho anteriormente, existirá una única persona de cada nación o país, un *vidente* por supuesto, que nos pondrá en contacto con los respectivos Gobiernos terrícolas, a quienes tenemos el propósito de respetar físicamente y de no acceder a su exterminio… si admiten nuestras exigencias. Si aceptan las peticiones que formulemos sin negativas ni objeciones. Necesitaremos oro, esmeraldas, diamantes, platino, uranio, equipos y astronaves modernas de probada eficacia en la aventura espacial, cuyos pedidos, conforme se vaya produciendo nuestro éxodo al astro que antes me he referido, iremos cursando a las diferentes esferas de poder por medio del vidente que hemos dejado con vida en cada nación. Creo haber hablado de que no esperamos negativas, ¿verdad, profesor? Y no las queremos por el bien de ustedes, ¿sabe? Porque una negativa… —dejó un espacio en blanco intencionadamente antes de añadir con mayor énfasis—, UNA SOLA, significará la… *la destrucción total y completa del hábitat terrícola*. Ya ve profesor, que pudiendo tomarlo todo por la violencia, somos razonables…, ¿no le parece? Solicitamos su colaboración a cambio de permitir que ustedes continúen su proyección futura. ¿Entiende, profesor Antipov? ¿ENTIENDE?

El otro pareció aumentar proporcionalmente dentro de su encogimiento a la vez que disminuía el espacio físico. Como regresando de una galaxia perdida en el último confín de un cosmos ignorado, exclamó:

—¡Sí… sí! Le entiendo… Le entiendo perfectamente, sí.

—Entonces, Pavel Antipov, a partir de este mismo instante, ya puede ponerse en contacto con el Gobierno de todas las Rusias, la respuesta del cual, vendré a recoger personalmente dentro de siete días. ¿No le parece un plazo prudente, profesor?

Antipov, que a partir de aquel instante creería en algo más que las fuerzas, articuló:

—Sí…, sí, creo que sí. Pero… ¿ha pensado en que pueden no creerme?

—En tal caso, dígale al Gobierno de todas las Rusias que el edificio del Kremlin será reducido a cenizas en el corto intervalo de cuarenta y ocho horas. Más les valdrá creerle. ¿Alguna duda, profesor Antipov?

Negó atropelladamente con la cabeza.

—No…, no…

Volvió a moverse la silla giratoria.

Se abrió y cerró la puerta del despacho que tan precautoriamente había cerrado con doble vuelta sin que Pavel Antipov, pese a la terrible experiencia vivida, saliera de su consternación.

¡Una invasión de los entes de EXIT si los Gobiernos terrestres no accedían a las exigencias de aquellos extraños seres!

Parecía un tema de novela, sí.

Pero en esta ocasión, terriblemente real.

Dos horas después, aquella misma tarde, el profesor Pavel Antipov, licenciado en medicina y biología, profundo conocedor de la psicología humana y tratados del *psique*, vidente por más señas… precisamente para salvar o intentarlo al menos, aquella psicología humana y sus tratados, emprendía rápido viaje desde la ciudad ucraniana de Odessa hacia la capital de la Unión de Repúblicas Soviéticas y Socialistas: MOSCU.

Formulándose a cada segundo que transcurría dos únicas y reiteradas preguntas:

¿Le darían crédito a su relato?

¿Le tomarían simplemente por un loco visionario?

En Moscú estaba la respuesta a ambos interrogantes.

CAPÍTULO II

¡Riiiiiiiing! ¡Riiiiiiiing! ¡Riiiiiiiing!

El propio presidente de la Confederación de Estados Americanos pulsó el canal de apertura del videófono rojo, que destacaba por su color y estructura entre los varios repartidos por encima de la mesa de su escritorio.

Nathaniel Lancaster, primer mandatario de la Confederación, vio en pantalla el rostro del presidente del Soviet Supremo, Anastas Komarovsky, nervioso y excitado. Al mismo tiempo los videófonos auxiliares habían sido tomados por un traductor y un interventor.

Aquel instrumento, que había venido a suceder a su precursor «el teléfono rojo», con canal de frecuencia hertziana doble y directo entre Washington y Moscú y viceversa, sólo se utilizaba en casos verdaderamente extremos.

De gravedad mundial.

Nathaniel Lancaster, siguiendo con la mirada los gestos, rictus y crispaciones de su colega soviético, escuchaba al mismo tiempo con suma atención, las palabras que iba transcribiendo el traductor.

Hasta preguntar:

—¿Y se puede aceptar como verosímil esa extraña historia?

La respuesta, traducida al instante, fue la siguiente desde Moscú:

—Sí, cabe aceptarla como verosímil, porque está apoyada por las extrañas muertes, asesinatos mejor, de Marina Markelovna y Faedi Voroniuk. ¿Pueden ustedes comprobar si se ha cometido algún crimen en esa Confederación de Estados Americanos del que hayan sido víctimas personas que se dediquen a cultivar y desarrollar las mismas aptitudes sobrenaturales que Antipov y sus alumnos?

—Un momento. Trataré de verificar la noticia.

Y acto seguido, el presidente, utilizando otro videófono, se puso al habla con el jefe de Seguridad de la Casa Blanca.

Dijo:

—Entre en contacto con los altos mandos de la *National Police* y directores de la CIA, FBI y KOSMOS SECURITY, para que se me informe inmediatamente de…

Explicó lo que deseaba saber.

Y tres minutos más tarde el jefe de Seguridad de la Casa Blanca, contestaba:

—El Precinto 18 del Bronx, Nueva York, de la *National Police*, informa que han muerto violentamente Rose Keith y Douglas Wilson, quienes solían reunirse con frecuencia en el domicilio de un individuo llamado Ian Stack, del que se dice posee dotes paraintelectuales y extraterrenas que le permiten captar percepciones de otra dimensión y otras…, con perdón, señor, majaderías por el estilo.

—Bien, gracias —dijo con gravedad el presidente. Y sirviéndose otra vez del videófono y con la rapidez del traductor, anunció al que le escuchaba desde la capital de todas las Rusias—: Efectivamente, también en la Confederación de Estados Americanos se han producido dos muertes similares, si bien el… llamémosle *vidente*, que como cabeza visible ha sobrevivido, no se ha puesto en contacto con este Gobierno para formular una petición como la que ustedes anuncian en nombre de esos alienígenas del asteroide EXIT. No obstante, como disponemos de una semana de tiempo, ordenaré de inmediato que se efectúen todas las verificaciones pertinentes.

—¿Nos mantendrá al corriente de los resultados?

—Por supuesto…

Se cortó el canal de enlace urgente entre las dos capitales.

Acababa de estallar la bomba de la preocupación.

Un ambiente tenso iba a presidir en las próximas fechas las actuaciones de los dos Gobiernos que ya estaban en la inteligencia de las exigencias de unos entes invisibles que se autodenominaban… *los que no están.*

CAPÍTULO III

El amor y la actuación del mismo entrambos había presidido las relaciones de aquella singular pareja.

Después, Cocó y Donald, se habían relajado.

Consiguiendo, incluso, descabezar sobre la húmeda yerba un largo y profundo sueño.

Los rincones de The Everglades están maravillosamente preparados para semejante entente físico. La misma vegetación de todo el lugar respiraba una agresividad lujuriosa.

Pero con la caída de las primeras sombras del anochecer llega el relente.

Sí, un poquitín de frío incluso, aunque parezca imposible en un paraje tan subtropical como la punta sur de la península de Florida.

Máxime si ella va con un escueto dos piezas, o sin nada porque ha tenido que quitárselas para…

Luego de que él la hubiera besado una vez más con largueza, con apasionada profundidad, con excitante parsimonia y deleite, protestó la hembra con tenue registro:

—Voy a helarme, Donald.

Movió él la cabeza, afirmativo, al tiempo que la ayudaba a ponerse el menguado dos piezas. Luego Cocó, de una breve funda de plástico extrajo un tropical vestido rojo, ceñidísimo, que la cubría algo más u ocultaba el bikini.

Cuando lo hubo ceñido a su figura escultural, esponjándose, preguntó:

—¿Nos vamos, amor?

—¿Adonde? —preguntó Evans.

—¿A casa, no? —siguió la chica con el juego de los interrogantes.

Y él, para no ser menos, inquiría a reglón seguido.

—¿Por qué?

—¿Te apetece salir, Donald?

—¡Cocó, basta ya de preguntas! Piensa que a lo mejor mañana…

—¡No me lo recuerdes, guerrero del espacio! ¿Has elegido ya el lugar?

—¿Te parece bien *Surfside*?

—Me parece de perlas —le sonrió la bella con un guiño precioso en sus pupilas de intenso negro. Retornando a los interrogantes, con éste —: ¿Y piensas ir en piragua?

—Traigo la maletita, muñeca. ¿Es que no te habías dado cuenta?

—¡Ah…! Hombre prevenido vale por dos, ¿no?

—Vale, sí.

Evans se fue a la piragua y de su popa, bajo los tablones que servían de asiento, sacó una maleta metálica de unos sesenta centímetros de largo por treinta, y cinco de ancho.

Donald, con rápidos movimientos, tiró del segundo botón de su deportiva camisa como si pretendiera arrancarlo. Al momento, un cable flexible muy fino brotó del interior del botón semejando una prolongación del mismo. El extremo abierto del cable fue enroscado a una sobresaliente base de la maleta, algo parecido a un borne, de diminuto diámetro, que surgía en la maleta a la altura del cierre superior izquierdo.

Un pequeño hertzcontrol triangular apareció en manos del hombre y se oyeron, al pulsar los resortes que destacaban en su superficie, ruidos muy similares a los que producía un transmisor-receptor al ser sintonizados.

Cocó Malatxi contemplaba la maniobra de Donald con interés, pero sin el menor rictus de asombro en su broncínea expresividad.

La maleta pareció, de pronto estallar, abriéndose en dos mitades geométricamente exactas. Y a la vez, aquellas dos hojas, se desdoblaron cada una por tres veces consecutivas arrojando de su interior finas láminas que componían piezas similares a las de un absurdo *puzzle* que montaban por impulsos fotoeléctricos, que encajaban unas en otras y unas con otras.

En algo menos de cincuenta segundos el *Turboshort* quedó en situación de ser utilizado. Se trataba de un artefacto que tenía estructura y fuselaje de parecidas características a una lanzadera espacial con autonomía de vuelo a través de los reactores activados con

energía nuclear, mecanismos de defensa a base de cuatro tubos lanza minitorpedos vibratorios cuyas esclusas vomitatorias se encontraban situadas en el vientre del artefacto y que podía transportar a dos personas desarrolando una velocidad media de 1.450 Km/hora.

Cocó Malatxi aplaudió con una sonrisa en los labios:

—¡Bravo, bravo…!

—Cuando quieras puedes subir a bordo, princesa —la invitó él, con otra sonrisa.

Instantes después, aquel sorprendente ingenio, se elevaba como una exhalación por encima de los altísimos arbustos que poblaban la lujuria tropical de The Everglades.

* * *

El portero del KIT KAT BOURBON'S les saludó con una reverencia muy en desuso.

Donald le echó una ojeada a la pechugona pelirroja que cuidaba del guardarropía y que casi desparramaba sus insultantes pechos por encima del mostrador acolchado.

—¿Te gusta esa exhibicionista?

—¡Por Dios, Cocó! Soy un tipo de gustos refinados… ¿O no se nota?

—Se nota —sonrió ella, excitante y provocadora como siempre, haciendo que sus nalgas excitantes rotasen contra la entrepierna de Evans.

—No juegues con fuego que te desnudo aquí mismo, ¿eh?

—¿Serías capaz…?

El la sujetó por los hombros.

—¿Cómo has dicho, prenda?

Vio Cocó una resolución peligrosísima en las pupilas decididas del apuesto rubio. Tan peligrosísima que la llevó a gritar:

—¡No… no, Evans! ¡Ni se te ocurra!

Apareció el *mâitre*.

—¿Ocurre algo, señor?

—Ocurre… que deseamos una mesa muy íntima.

—Eso está hecho, señor. Sígame.

Le siguieron.

En un estrecho corredor de luces muy tamizadas que surgían del techo como escupitajos sicodélicos que no permitían ver apenas nada,

estaba instalada la barra-bar. Muy larga, casi interminable, y paralela al mamparo izquierdo del edificio. Al final de la sala de baile con una pista cuyas esquirlas luminotécnicas procedían de suelo y que a muchas chicas les llenaban de luz una intimidad que llevaban bastante al descubierto mientras se contorsionaban, como posesas, al compás y amparo de una melodía tan incomprensible como alocada y excitante.

Había pequeños sofás, divanes corridos, asientos sin pie en forma de huevo que se sostenían por invisibles impulsos fotónicos, veladores prácticamente sumidos en las tinieblas, huecos en la pared que simulaban cuevas en las que con dificultad entraba una pareja… y así un sorprendente compendio de originalidad que pretendía el fin de que un hombre y una mujer se sintieran solos pese a la concurrencia.

Eligieron, lo hizo la propia Cocó, una de aquellas cuevecitas singulares.

—Es coquetón —dijo ella.

—Parece que conocían el lugar, ¿no? —habló el *mâitre* con sorpresa.

—¡Oh, no, no lo crea! —exclamó Evans—. Esta chica se orienta de fábula en la oscuridad.

—¡Ah! ¿Qué les sirvo?

—A mí, un *Meteorito Gin's* con mucha soda.

—Que sean dos —se apuntó Cocó.

Al cabo de unos minutos regresó con las bebidas solicitadas.

—Gracias —le dijo Cocó.

Evans alzó su copa y con una sonrisa pronunció el clásico:

—¡A tu salud, princesa!

—A la tuya, guerrero del espacio.

Cuando hubieron bebido unos sorbos se cambiaron las copas para ingerir un poco más del refrescante brebaje.

—Tu saliva con gin me enerva —musitó Donald—. Me está apeteciendo hacer…

—¿No te agotas nunca, campeón?

—¿Contigo a mi lado? ¡Por favor, Cocó! Eres el afrodisíaco más incitante que jamás he ingerido.

—Si siempre fueras así, Donald. Me parece que hoy vivo un auténtico sueño. Pero mañana…

—Conjuga todos los verbos en presente, muñeca. Amor hoy, pasión hoy, deseo hoy, posesión hoy…

—La vida es algo más que hoy, Donald. Cada segundo que transcurre

el presente se convierte en pasado al tiempo que acariciamos el futuro.

—Lees demasiada filosofía, Cocó.

—No. Lo que sucede es que te quiero demasiado y hasta hoy no he comenzado a sentir también tu querer. Antes te lo he dicho, ¿no? Me sentía sólo como una pasión tuya, como algo que necesitabas de cuando en cuando para relajarte de las tensiones acumuladas.

—Algún día me compraré una estrella cerca de un planeta deshabitado y nos iremos los dos a vivir en ella.

—¡No será verdad algo tan maravilloso!

—¿De veras te gustaría, Cocó?

Apuró ella otro sorbo.

—¿Y lo dudas…?

Justo en aquel instante se iluminó el escenario brillantemente cesando la música de locura y un *speaker* vestido a la usanza del siglo XX, con traje de noche azul negro y corbata de lazo, anunció en varios idiomas para recrearse en sus dotes políglotas, y primero en el sempiterno internacional francés:

—*¡Madames, messieurs…, voici la sensationele, la superbe, la toujour charmant, Hawai Amour!*

Hawai Amour era una negra de fábula con un cuerpo que hacía pensar en barbaridades. A la perfección tropical de sus facciones de chocolate que iluminaban los brillantes ojazos de fulgor irisado, se unía la explosión sensual de una boca agrietada, sangre y tinieblas, que parecía crujir como una partitura lúbrica cuando estalla junto al micro con la letra de una antiquísima canción de amor.

—¿No te llevarías también a la negrita a nuestra estrella?

—¿Por qué te empeñas en estropearlo todo, Cocó? Te lamentas que hasta hoy no me habías sentido totalmente tuyo y al mismo tiempo tu morbosidad te empuja a jugar con peligroso fuego. ¿Qué me contestarías si te dijera que me apetece una brutalidad hacer el amor con ese bombón de chocolate?

—Diría que no es verdad porque si lo fuera no me lo dirías… ¡Bésame!

—¡Un respeto, prenda! Está cantando Hawai Amour…

La mano derecha de Cocó Malatxi jugueteó en las ingles de Evans alternativamente.

—Vas a excitar el invento…

—Es lo que quiero…

—¡Cocó, Cocó…!

Apareció frente a ellos el *mâitre* tosiendo discretamente.

—¿Es usted el señor Evans?

Una pincelada de sorpresa se dibujó en las correctas facciones de aquel formidable atleta de rubios cabellos rizados y profundas pupilas azules.

—Sí. ¿Por…?

El empleado del local le mostró un videófono portátil al tiempo que hundía el cable en una de las conexiones situadas con intermitente frecuencia en las paredes de la sala, diciendo:

—Le llaman.

—Gracias —y se mordía el labio inferior porque se preguntaba y no sabía responder, quién era el intuitivo que había podido localizarle en aquel lugar.

Pulsó la lámina de comunicaciones y vio en la pantalla un agradable rostro femenino. Escuchando una voz angelical, tibia, que despertó rictus de contrariedad en la expresión de Cocó Malatxi, diciendo:

—Me llamo Marcia Stafers y sé que usted pertenece a la organización KOSMOS SECURITY…

—¿Y cómo sabe tantas cosas de mí… hasta el extremo de localizarme donde nadie sabe que estoy, eh, amiguita?

—Sería una lamentable pérdida de tiempo hablar ahora de eso…

—No para mí, señorita. Es sorprendente y alarmante que usted me haya localizado en un lugar donde ni yo sabía que iba a estar hace una hora aproximadamente.

—Lo que en verdad importa es el motivo, Evans. La seguridad está en peligro.

Donald miró con mayor atención el rostro que se dibujaba en la pantalla de videófono, tratando de escrutar en profundidad aquellos ojos grandes, negrísimos, vivos y asustados a la vez, que le miraban a él con expresión hambrienta.

—¿A qué se está refiriendo, Marcia?

—A una posible hecatombe que amenaza con la extinción de la humanidad… —el rostro de la hermosa Marcia estaba crispado.

—¡Por favor, nena! —exclamó burlón como de costumbre el rubio de ensortijadas hebras, tratando de restar tremendismo a la cuestión, preocupante en principio, que le exponía aquella desconocida. Y siguiendo la misma línea jovial e irónica, preguntó—: Sabes qué es el lugar donde me has localizado, ¿verdad? Pues entonces sabes que estoy

intentando divertirme con una preciosidad de pechitos tiesos y violentos que se llama Cocó…

—¡No seas absurdo, Donald! —exclamó la morena y excitante acompañante.

—…Malatxi y que quiere que acabemos la noche haciendo una vez más cositas muy dulces. ¡No molestes con tonterías, por favor! No es nada correcto por tu parte…

—¡Se trata del asteroide EXIT! —gritó, Marcia Stafers.

Obligando, al pronunciar el nombre de aquel satélite recientemente descubierto, a que Donald pegara un respingo poniéndose, de una definitiva vez, en guardia.

—¿Cómo… —Donald casi había cambiado de color—, cómo has dicho?

—EXIT…

—Habla, Marcia.

—No puedo seguir corriendo el riesgo de comunicarme con usted a través del videófono.

La pregunta siguiente del rubio le brotó espontánea, explosiva casi, desde dentro del alma.

—¿Dónde pues?

—Estoy huyendo de ese peligro que acabo de insinuarle y me he hospedado en un fonducho de la 207 West Street, al sur de Bal Harbour. Está en el número 17. He dado el nombre falso de Lucy Douglas. ¡Venga deprisa, se lo ruego! Por su bien, por el mío… *por el de todos los habitantes de la Tierra.*

La angustia que había, no sólo en la voz sino en la expresión del rostro que Evans tenía en la pantalla, hizo que el superagente de la KOSMOS SECURITY no vacilara en responder:

—Dentro de quince minutos estoy a tu lado, Marcia.

Le devolvió el videófono al *mâitre* que, prudentemente se había retirado unos pasos y le dijo a Cocó:

—Amor, cree que lo siento de…

—Sí, Evans —le atajó ella con un rictus de resignación bruñendo sus bellas e incitantes facciones de bronce—. Sé que lo sientes en lo más profundo de tu alma y que eres sincero al decirlo. Pero debes hacer lo que tu conciencia personal y profesional te indique. ¡De veras que lo entiendo!

—Gracias, muñeca. Si ves que tardo más de lo prudente toma un taxi y vete a casa. ¿De acuerdo?

—*Okay*, jefe —sonrió la bella y fascinante mujer de piel oscuro brillante.

Mientras, en el tablado, pastilla de chocolate Hawai Amour, le pegaba con estilo e intención a una antigua melodía de corte romanticoide.

Cuando Evans cruzaba el guardarropía, la escandalosa pelirroja que hizo cuanto pudo para que sus pechos pidieran guerra desde encima del mostrador, gritó:

—¡Adiós, precioso! —y en un susurro—: Vaya tío. Como está…

CAPÍTULO IV

Era un derroche inaudito, un auténtico despilfarro de luz cegadora, hiriente, que encendía brillante y ardientemente hasta el último rincón de la estancia.

Sin embargo, por extraña paradoja luminotécnica, se hacía imposible, totalmente imposible, determinar la situación, no ya exacta si no tan siquiera aproximada, en donde se hallaban situados la totalidad de los génesis luminosos que inundaban la estancia con aquel caudal y raudal de brillante excitación eléctrica. Daba la impresión de que debían brotar del techo pero era arriesgado afirmarlo porque, dada la configuración prismática de la sala se obtenía la certeza, falsa o real, de que todo era producto de un juego de espejos tetraédricos quienes no parecían tener otra misión que inundar la estancia de luz, sembrando al mismo tiempo el desconcierto con respecto a la posición de salida de aquellas diáfanas esquirlas de cegadora luminosidad.

El suelo, para terminar de abrir la caótica confusión, era una sola pieza, completa, sin juntas, de mármol negro.

Sobre el cual y ocupando su centro geométrico, se hundían, o parecían hundirse, las patas de una mesa tallada en auténtica caoba… a excepción de la que se podía denominar «parte-escritorio» que era por completo de grueso, pero transparente cristal.

Alrededor de aquella mesa sorprendente, propia de una familia de excéntricos, o de un solo y excéntrico también millonario, y puede que a la vez hasta diabólico millonario, había distribuidas equidistantemente un grupo de sillas regias, cómodas, con asientos tapizados en cuero repujado.

Y las ocupadas en aquel momento eran, exactamente, cuatro.

Tras ellas, las paredes también de una pieza, sin juntas, de mármol tan rojo como un chorro de sangre fresca, en cada una de las cuales

había representado un monumental y detallado planisferio.

El silencio era como debía ser: absoluto.

Sepulcral.

Apenas taladrado imperceptiblemente por el tenue hálito que recogían y expulsaban los labios de quienes estaban sentados alrededor de la mesa. Era como si los cuatro hombres que allí había estuvieran desarrollando un esfuerzo sobrehumano, terrible, para contener unas respiraciones que se adivinaban agitadas. Que de un momento a otro podían convertirse en vivos y audibles jadeos.

Así fueron transcurriendo los segundos, los minutos también, hasta que al fin una de aquellas paredes marmóreas descubrió una puerta ignota, rompiendo momentáneamente el mapamundi que representaba.

Otro hombre entró en la sala.

Severo.

Y tan rígido, tan enhiesto en su andar lento y mesurado… que daba la sensación de tratarse de un cuerpo sin juntas, pero precisamente por la carencia de flexibilidad.

Vestía una chaqueta de color dorado, abotonada a la izquierda, pero con doble hilera de botones en nácar rojo, la cual mostraba un leve y discreto reborde verdoso. Complementaba su indumentaria un pantalón estrecho de color azul eléctrico y calzaba una especie de babuchas.

Pero lo más espectacular y significativo de su indumentaria era la imagen bordada de Confucio, en color fucsia, que cubría el centro de tórax de su rampante chaqueta dorada.

Una leve perilla culminaba su rostro estrecho, enjuto, de evidentes rasgos orientales. Complementaba aquella con un estrechísimo bigote de guías caídas.

Fue a tomar asiento en la cabecera de la extraña mesa, al tiempo que pronunciaba.

—Yo soy Tuang Ching-Tsé, caballeros. Sean todos bien venidos.

—Esperamos, o al menos yo lo espero, una rápida explicación a su urgente llamada —dijo quien llevaba por nombre, el egipcio: Abdallah Mubarak.

Tras un breve silencio repuso quien presidía la reunión:

—Un momento de calma, por favor, caballeros. Sólo uno de los aquí presentes, *mister* Michael Bannister, sabe el porqué de este conciliábulo. A los demás, ruego paciencia. Dice Confucio… «Que el que por la mañana ha conseguido la verdad, ya puede morir por la tarde.» Pero nosotros, señores, aún no hemos comenzado a hablar de esa verdad. Y

otro de los sabios proverbios de mi país reza así: «Si tienes un amigo que se encuentra en la orilla de un río y tiene hambre, no le des un pescado, sino enséñale a pescar.» Y yo les he llamado a mi presencia, precisamente para enseñarles… admitan la metáfora, a *pescar*. Y a ser pacientes también. La precipitación nunca es buena consejera de las actuaciones humanas. Esa máxima filosófica, permítame que me la atribuya.

Y tras un nuevo y breve silencio, inquirió:

—¿Quién representa a Oceanía?

—Taipeh Noumea, señor.

—¿Y viene por Europa…?

—Jean-François Moreau, señor.

—Y a la Confederación de Estados Americanos la representa mi buen y querido amigo *mister* Bannister —sonrió el oriental sin emoción, con frialdad, dejando resbalar sus ojillos brillantes por encima de la figura del aludido. Al que preguntó—: ¿Cómo se encuentra usted, *mister* Bannister?

—Encantado de estar nuevamente en su presencia, honorable Tuang Ching-Tsé.

—Gracias, gracias… ¿Representa a África? —siguió interrogando el chino.

—Abdallah Mubarak, señor.

—Perfecto… Y yo, obvio, represento al quinto continente, el mío propio, Asia, dentro de este ambicioso proyecto en el que algunos aprenderán a «pescar» y que llevará por nombre… proyecto de *los que no están.*

—*Los que no están* —repitió, asombrado, uno de los presentes.

—Paciencia, paciencia, caros amigos —siguió recomendando una vez más el asiático. Añadiendo—: Vamos a aprovecharnos de un asteroide recién y casualmente descubierto que han bautizado como EXIT, y vamos también a escenificar la vida de los supuestos seres de ese astro que se llamarán precisamente así; *los que no están*. Por múltiples razones y la primera y más válida porque realmente no están, no existen. Y porque aquellos que nosotros vamos a crear en lugar de los que nos están… tampoco estarán.

—¿Quiere hablar con claridad, honorable Ching-Tsé? —pidió, un tanto desabrido, Abdallah Mubarak.

—Se trata de una operación tan gigantesca como nadie haya soñado jamás —prosiguió el oriental como si no se hubiera apercibido de la

intervención del egipcio.

Mubarak insistió:

—Le he pedido que sea concreto.

—Y yo le ordeno que se calle —dijo, imperturbable, sin pestañear, exento de todo matiz autoritario, sin la menor contracción en sus apáticas facciones pero con una ominosidad que helaba la sangre en las venas, Tuang Ching-Tsé. Prosiguiendo—: *Los que no están*, caballeros, ya han comenzado su singladura por encima de la corteza terrestre… —hizo una nueva y fugaz pausa para ofrecerles seguidamente un resumen de lo sucedido a unas personas de condiciones parapsíquicas especiales, en Rusia y América, llamadas Fadei Voroniuk, Marina Markelovna, Ross Keith y Douglas Wilson… explicando también por qué otros individuos de superiores características paranormales de nombre Pavel Antipov e Ian Stack, habían salvado sus vidas. Después, continuó—: Los supuestos videntes, o los que se creen que pueden «ver» merced a unos poderes sobrenaturales que en la mayoría de los casos sólo existen en su imaginación, serán el arma excepcional de nuestro proyecto.

—Por favor, honorable Tuang Ching-Tsé —le cortó Taipeh Noumea, que en aquella singular reunión representaba al continente oceánico—, no siga confundiéndonos. ¿Quiénes eran o qué eran esos seres que han intervenido en las muertes de esos hombres que se creían en posesión de poderes parapsiquicos… y que han entrado en contacto de los videntes cuya vida se ha respetado?

—*Los que no están.*

—¡Somos seres adultos, Ching-Tsé! —exclamó, interviniendo con tono de censura, otra vez, el que allí estaba representando a África.

—Por última vez, señor Mubarak —habló, pausado y frío como siempre el oriental—, le recomiendo calma. Y a usted, señor Noumea, paciencia también. Ya sé, ya sé que lo que más excita la curiosidad de todos ustedes a excepción de la de mi amigo *mister* Bannister, es el porqué de *los que no están*. A eso quiero ir, pero ustedes no me dejan. Esos entes se rigen por el principio de la invisibilidad, el cual, debo confesarlo humildemente, no he creado yo y sí heredado del profesor *herr* Karl von Fonenberg, quien tuvo la desgracia o poca precaución de dejarse abatir por un famoso organismo norteamericano que se denomina KOSMOS SECURITY cuando, precisamente, estaba al linde de adueñarse de la Tierra simulando una invasión de invisibles extraterrestres. Nosotros, yo, he heredado como les decía el proyecto de Von Fonenberg y voy a evidenciarlo puliendo los errores que le llevaron

a él a desaparecer.

—¡Eso es imposible! —estalló Jean-François Moreau—. ¡De ciencia ficción! ¡Por favor, no me haga reír! ¡Seres invisibles! ¡Invisibles…!

—Si hubiera deseado reír, *monsieur* Moreau, me habría limitado a contarle un chiste graciosísimo a través de videófono. Y para hablarles de un imposible, caballeros, no les habría hecho venir hasta aquí.

—Pues me sigue pareciendo absurdo lo de ese principio de la invisibilidad… —apuntó el europeo, fastidiado por la superioridad del oriental—, a menos que usted…

—¿Que yo se lo demuestre, *m'sieu Moreau*? —sonrió con aquella característica inexpresividad Tuang Ching-Tsé—. Eso pretendo si me deja —añadió. Siguiendo—: Y va a quedarse maravillado cuando le razone la facilidad con que pueden conseguirse, crearse, esos entes invisibles… *los que no están*. ¡Ah…! y conste que no me vanaglorio ni enaltezco por ello, puesto que me limito a suscribir el descubrimiento de *herr* Von Fonenberg introduciendo, desde luego, unas pequeñas modificaciones, rectificaciones, que por supuesto garantizan en nuestro caso concreto la cristalización del genuino proyecto del sabio alemán. Comencemos por admitir, caballeros, que no se trata de magia ni se pretende tampoco un estado de hipnosis o alucinación colectiva, que al final se habría de desvanecer, si no que estamos refiriéndonos a una concreción puramente científica. Es fundamental que así lo entiendan, por difícil de asimilar que en principio pueda parecerles, por el hecho vulgar y simple de que todo juego de magia, prestidigitación o poder sobre la voluntad ajena, tiene su trampa, su truco… y la ciencia es matemáticamente exacta.

»Un mago puede hacernos creer en la volatilización de la materia, como así trató de hacerlo tres siglos atrás el Gran Houdini, pero jamás lo intentará un científico que basa sus proyectos en reglas biológicas, bioquímicas, y finalmente aritméticas. Voy a ponerles un simple ejemplo de lo que puede ser el ente invisible: *un espécimen de raza negra introducido en un reducto de tinieblas moviéndose con infinita lentitud o a la máxima velocidad*. ¿Lo empiezan a entender, señores? —preguntó grandilocuente, satisfecho a la vez aunque su expresión no delatara la megalomanía de sus sentimientos, al captar afirmaciones, dubitativas quizá, pero afirmaciones al fin y a la porte. Continuando—: La dificultad del problema, desde el punto de vista llamémosle algebraico, estriba en producir el fenómeno a… a *plen soleil* como dicen ustedes los franceses, *monsieur* Moreau.

Tuang Ching-Tsé hizo una nueva y fugaz pausa, comprobando satisfecho la atención, ahora casi reverente, dogmática, que le prestaban los componentes de su menguado auditorio.

Prosiguiendo:

—Sería absurdo extenderse en pormenores científicos que ya nada aportan a nuestro proyecto, pero sí les diré que la invisibilidad a plena luz solar se consigue con la mezcla de unas hormonas diluida posteriormente en un extracto vegetal que produce una sustancia, atóxica y etérea al mismo tiempo, sí, etérea por completo, la cual escapa totalmente en todos sus átomos al dominio visual de la retina del ser humano. Todo cuerpo vivo rodeado por esa sustancia, por esa película, adquiere de inmediato sus mismas e íntegras propiedades de invisibilidad.

—¡Fascinante! —exclamó con un matiz que conjugaba y fusionaba sorpresa, admiración y también una dosis de escepticismo, Abdallah Mubarak. Puntualizando con intencionada meticulosidad—: Ahora sólo falta que nos diga quiénes se han prestado… —ensayó un vacío significativo para pronunciar con mayor énfasis escéptico— *voluntariamente*, a experimentar con ese mejunje Hormovegetal de invisibilidad. Quiero decir y matizo, quiénes han querido jugar a ser *los que no están*. Esos que ya parecen haber experimentado en las defunciones provocadas de ciertos *videntes* y en los contactos con aquellos otros que han de transmitir a los Gobiernos del mundo *nuestros* capítulos de exigencias.

Tuang Ching-Tsé sonrió hierático. Peligroso. Pero dijo con voz que parecía una caricia, una mortal caricia:

—Es usted mordaz, sarcástico, hasta hiriente… y ello pregona su nula capacidad intelectual, señor Mubarak. Esos entes, que existen y no existen a la misma vez, son seres humanos con graves deficiencias psíquicas: subnormales profundos que yo he obtenido de varios centros en los que se les sometía a una supuesta recuperación o adaptación al medio ambiente. Locos… si así lo prefiere. En ellos se ha practicado la acromegalia[5] para hacerlos físicamente mucho más deformes de lo que la mayoría ya son. Además, se les ha recubierto de una especie de piel de gorila gigante con largo y tupido pelaje, una frente descomunal en la que aparece un solo ojo, para que ofrezcan una imagen repulsiva y terrorífica bajo su capa de invisibilidad y puedan ser así descritos por los *videntes* cuando éstos se concentren y logren captarlos fugazmente. Así son *los que no están*, señor Mubarak. Y sus cerebros tarados han sido intervenidos de tal forma que pueden recibir impulsos telepáticos que

les llevan a obrar y producirse de acuerdo con las emisiones que se les envíen desde un complejísimo computador que les programa y que yo dirijo.

—Ahora, mi honorable Tuang Ching-tsé —dijo el egipcio que representaba el continente africano, con acento casi devoto—, debo admitir sin mácula de reserva, causticidad o escepticismo, que su proyecto es de verdadera fantasía. Sublime. Repito… ¡fascinante!

—Y de sabios es rectificar —aceptó, con una mueca más cordial esta vez el que presidía la reunión. Continuando—: Existen algunos detalles aleatorios que también deseo exponerles para que comprendan que he pensado en todo, que las estructuras de esta genialidad que conmoverá el mundo responden a cálculos logísticos y no a la simple ansia de aventuras y poder de un megalómano. Los Gobiernos terrestres pueden dudar, como hasta ahora dudaba alguno de ustedes, acerca de la veracidad de esos entes que denominamos *los que no están*. Para disipar sus vacilaciones y acrecentar su pánico ante lo que podía ser una invasión allende del espacio, ha situado una astronave de fantásticas características ultramodernas en la órbita del asteroide EXIT, tripulada por nuestros seres invisibles y acromegálicos y totalmente computada, dirigida por ionovisión desde mi centro secreto de Nankín, la cual pondré dentro de pocas horas en viaje interplanetario con dirección a la Tierra. Ellos, obviamente, acabarán con las posibles fluctuaciones de los Gobiernos mundiales que se verán obligados a capitular ante nuestras exigencias. Y así, caballeros, seremos los únicos dueños de las riquezas de la Tierra y nuestro poder será inmenso, único, como jamás haya existido otro.

Hizo una pausa para recobrar el aliento porque en los últimos pasajes de su monólogo se había proyectado con una vehemencia desconocida e impropia de su flema y dominio oriental.

Siguiendo:

—Cuando les he razonado la teoría de la invisibilidad que para los escépticos, y perdónenme que abunde en las alusiones al escepticismo, es algo de tan utópico contenido como la cuadratura del círculo, me he referido también a su descubridor, *herr* Karl von Fonenberg, significando que fue abatido por las fuerzas de la KOSMOS SECURITY, organización que con el tiempo ha venido a sustituir a su precursora, el DANS, o Departamento Atómico Nacional de Seguridad. Bien, para no cometer entonces el mismo error que Von Fonenberg, he dispuesto la destrucción de esos superagentes del espacio de uno de los cuales, Donald Evans, se están ocupando en este momento nuestros agentes del

continente iberoamericano si es que mis consignas e instrucciones se cumplen al pie de la letra —el severo e inexpresivo oriental alzó la cabeza para fijar sus vivos y escrutadores ojillos en la faz de uno de quienes componían su auditorio, inquiriendo—: ¿Se cumplen esas instrucciones, *mister* Bannister?

—Con estricta meticulosidad, honorable Ching-Tsé —replicó el aludido. Añadiendo, al tiempo que consultaba su cronógrafo de pulsera —: De no haber novedad, dentro de una hora aproximadamente, estará solucionado el problema Donald Evans.

—No debe haber novedad, Michael Bannister. Usted ya sabe que soy enemigo de las novedades que no están programadas como tales.

—Descuide, honorable. No habrá fallos.

—Bien —admitió Tuang Ching-Tsé. Continuando—: No ha sido el azar que he decidido que Evans fuese el primero de la lista de los hombres de la KOSMOS SECURITY, sino a causa de que era el único de sus excepcionales cosmoagentes que en este momento se hallaba disfrutando de un descanso, por lo cual, la misión de investigar el asteroide EXIT y los que no están, así como el porqué de sus exigencias, se le habría asignado a él. Una vez haya desaparecido Donald Evans seguiremos con los demás conforme vayan siendo integrados en esta tarea por sus mandos naturales. La KOSMOS SECURITY, caballeros, no será obstáculo ni peligro para nuestro proyecto. Ustedes, señores, que controlan los poderes negros, ocultos, que se oponen a la ley y el orden en sus respectivos continentes, serán mis representantes en cada uno de ellos y se encargarán de coordinar de acuerdo con las instrucciones que reciban, cualquier operación de… digamos recogida de tributos, que se efectúe con los Gobiernos instalados en ese continente donde tienen ubicadas sus respectivas sedes. Frente a cada uno, sobre la mesa, hay un portafolios con la documentación necesaria. Se detalla en ella el porcentaje de beneficio que les rentará por cada una de sus actuaciones. Se les concede también autonomía plena para decidir en cualquier momento que amenace gravedad o que se suponga letal para nuestros intereses y están facultados, también, para suprimir, eliminar, a cuantos supongan enemigos de nuestra organización y proyecto. ¿Alguna duda?

Todas las cabezas se movieron negativamente.

—¿Están todos de acuerdo con el plan a seguir?

Cuatro brazos derechos se alzaron a unísono.

Tuang Ching-Tsé, cerebro coordinador de las actividades de *los que no están*, encaminadas a someter al ambicioso albedrio da su creador

todo el orbe terrestre, se puso en pie como dando por finalizada la reunión.

—Ha sido un placer, caballeros.

CAPÍTULO V

El número 17 de la 207 W Street caía precisamente en una de las zonas peor iluminadas de Bal Harbour.

En aquel sector, como años ha, sólo los poderosos seguían teniendo derecho a la vida, la luz y el color. El resto que se jodieran.

Cosa extraña a pesar de todo en una ciudad multicolor, alegre, rutilante lo mismo de noche como de día. Porque Miami era igual de noche que de día. Pero seguía habiendo privilegios, estaba claro.

Había que significar también que aquello estaba casi en las afueras de Bal Harbour y por ende de la ciudad.

Mientras se acercaba al lugar de la extraña cita, Evans pensó, porque Evans no paraba de pensar incluso cuando estaba haciendo el amor con una hembra tan fabulosa como Cocó Malatxi… pensó, decíamos, que aquél era el lugar ideal para tenderle una trampa a un cosmoagente de la KOSMOS SECURITY.

Y a uno que no lo fuera, también.

¿Quién sería la tal Marcia Stafers que se hacía pasar por Lucy Douglas?

Había dicho: *La seguridad mundial está en peligro.*

Y pronunciado: *…una posible hecatombe que amenaza con la extinción de la humanidad.*

Pese a su carácter de natural dicharachero, coñón, Evans no podía tomar a broma semejantes textos.

Además, por si fuera poco, la enigmática Marcia Stafers había puesto en sus labios el nombre: *EXIT*.

EXIT… ¿Cómo sabía ella de aquel asteroide descubierto pocas fechas ha, casualmente, hecho que se había mantenido en secreto a la espera de un profundo reconocimiento?

También le había sorprendido el hecho de que Marcia supiera dónde localizarle a él…

¡Bah! ¡Fuera interrogantes y conjeturas!

Estaba delante del edificio. Con una pared deslucida, grisácea, llena de desconchones y «tochos» que se caían casi de puro viejos. Evans empujó la puerta del fonducho, accediendo al vestíbulo… o lo que fuera.

Menuda porquería… de vestíbulo.

Al fondo, tras un raído y desvencijado mostrador de madera, un tipo rechoncho y calvo estaba en poder de Morfeo, largando sonoros e hirientes ronquidos.

Donald le arreó un manotazo al mostrador.

—¡Eh, truhan, arriba!

El tipo casi pegó un brinco a causa de ser tan bruscamente arrebatado de las espumas de sus sueños placenteros.

—¿Qué… qué ocurre? ¿Un OVNI? ¿Han llegado los marcianos…? ¡Me confieso colaboracionista de los extra…! ¡Eh! ¿Quién coño es usted?

—Cuando pares de decir estupideces te lo confesaré, malandrín.

—¿Qué quiere?

—Apuntarte para la próxima salida a Júpiter.

—Ya que me ha despertado de mi bonito viaje astral —dijo el calvo con triste acento—, no me tome el pelo al menos. ¿Qué quiere, de veras?

—Lucy Douglas.

—¡Ah, ya…! —hizo un guiño picaresco el fulano—. Usted viene a… —ensayó un gesto muy significativo con el puño derecho, moviéndolo adelante y atrás.

—Te equivocas, guarro. Yo no hago esas cosas en pocilgas como ésta. ¿No te has fijado en que soy un caballero selecto?

Se había atragantado.

—Bueno… Huuum… Ya entiende, ¿no? Los que suelen venir por aquí…

—¿Dónde está la chica?

—Tiene pinta de golfa, ¿sabe? Está con un tipo que dice ser su hermano, pero yo… Por eso al preguntarme usted por ella había pensado enseguida en un numerito de esos porno… ¡Me parece que me estoy liando otra vez!

—Te he preguntado por la habitación, bocazas. Y se me extingue la paciencia.

Comprendió que Evans podía aplastarle con una sola de sus manos.

—La 4 de la primera planta. Por aquella escalera.

Y señalaba una situada al otro extremo del vestíbulo, con peldaños de madera cuyos rebordes estaban completamente carcomidos, pero que gozaba de un pasamanos recién restaurado.

Evans se encaminó hacia ella.

Pensando otra vez.

«Está con un tipo que dice ser su hermano, pero yo…»

Marcia no le había hablado de él, a través del videófono; de ningún hermano.

¿Qué significaba, la presencia en el hotelucho del tal… hermano?

Alerta roja, pensó también.

Primera planta.

Habitación número 4.

Dio unos golpecitos con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó de inmediato una voz femenina.

—Donald Evans.

—¡Ah…, por fin! —suspiró ella, al mismo tiempo que abría la puerta —. Pase.

No tuvo necesidad de preguntar por él ni recriminarla por el hecho de no haberle hablado o advertido anteriormente.

Porque el tipo estaba a la vista, retrepado con apatía en el lecho, contestatario todo él.

Evans fingió desentenderse del fulano y se encaró con la bella y nerviosa Marcia.

—Espero explicaciones.

La chica se retorcía los dedos de una mano dentro del cuenco de la otra.

Donald la estudió a fondo. Físicamente sobre todo. Estaba en los 23 años máximo, ni uno más. Sus encantos, de veras, eran progresivos, se la mirase por donde se la mirase. De comenzar por arriba sus ojos eran muy grandes y misteriosos, muy negros, muy tentadores, muy insinuantes, como mensaje… ¡pero sus labios eran de locura, eran carnosos, eran rojos como un corte sangrante de sandía tropical, eran besadores, agrietados, excitantes, sexuales incluso! De empezar por abajo las piernas de Marcia poseían la pincelada escultórica de la

perfección, el encanto de la elegancia, el trazo de la exquisitez… ¡pero es que los muslos que estaban arriba eran todo un canto lúbrico al placer, una tentación insostenible por lo bien formados, lo broncíneos, los plenos, lo exactos! Y de seguir, el choque de la mirada con sus glúteos cadenciosos, oscilantes, era una brutal delicia. Y se pensaba al instante en poseer a Marcia Stafers… ¡cómo lo pensó Evans! Sobre todo, después de excitarse, de recrear sus pupilas azuladas, en el entorno pícnico, agresivo, terrorífico, de sus pechos selváticos cuyos pezones, por falta de sujetador, empujaban la fina blusa de flores hacia adelante.

Evans estaba fascinado, sí.

Pero en vista de que ella guardaba silencio, consciente de que Donald se embelesaba en su contemplación, demostró su ductilidad, su estar en todo y en todas partes, apuntando:

—Creo haber pedido explicaciones.

—Bueno…

—¡Eh, eh, un momento! —el hermano saltó del catre. Exigiendo—: Nuestros informes valen pasta.

El cosmoagente de la KOSMOS SECURITY ladeó su rubicunda testa para mirarle y después, volviéndose de nuevo hacia el rostro fascinante de ella, preguntó:

—¿Qué dice este desgraciado? ¿Por qué no me has hablado de él por el videófono?

—Es que…

—¡Yo te enseñaré, hijo de puta! —bramó el pendenciero de mala catadura que decía ser hermano de Marcia, echando la diestra hacia la funda sobaquera. Convenciéndose a sí mismo con la siguiente frase—: ¡Al fin y al cabo, cuanto antes acabemos…!

Mostró una automática de explosiones vibratorias. De aquellas cuyos impactos reventaban a un ser humano por completo haciéndolo estallar.

—¡Una trampa! ¿Eh, pequeña víbora? Lo imaginaba de todas maneras…

El fulano le dio al gatillo.

Evans hizo algo que era para verlo y no creerlo, para dudar del equilibrio mental de uno después de asistir a la escenificación. Pasó el doble salto mortal por encima de la cabeza del que pretendía reventarle eludiendo los disparos para girar de nuevo sobre sí, al revés, cuando estaba detrás de aquel, estallando ambas piernas en la espalda de su agresor, el cual creyó que acababan de hacerle astillas el espinazo.

—¡Aaaaaaaag! —bramó.

Llevándose las dos manos a los riñones buscando baldíamente aliviar el profundo y lacerante dolor, iniciando flexiones como para restablecer el eje de su columna vertebral y habiendo soltado ya la pistola para hacer todo aquello.

Donald se le apareció, ahora, delante. Frente a sus pupilas estrábicas.

Los filos de las manos del cosmoagente estallaron en los flancos del «hermano» quien aulló de tal forma que a Marcia se le erizaron los cabellos. Y al doblarse, Evans, le empotró el puño zurdo en la nuez despatarrándolo en tierra, muerto.

—¡*Vosotros*… *vosotros* ahora!

La súbita exclamación de Marcia Stafers al ver sin vida al que decía ser su hermano, desconcertó a Donald.

Por el extraño matiz, la peculiar entonación, que ella había puesto en la palabra… *vosotros*.

Porque aquella habitación constaba de una sola pieza, que a la vista estaba, y donde sólo se encontraban Marcia Stafers, él y el muerto.

¿Quiénes, entonces, eran… *vosotros*?

¿Dónde estaban?

Uno, a su espalda.

Porque le propinaron un mazazo en la nuca que le hizo relampaguear los ojos alcanzando a ver lejanas lucecitas multicolores que se encendían y apagaban, que ensayaban frente a su cerebro aturdido millones de guiños burlones.

Tuvo lucidez suficiente, de todas formas, para comprender que… *vosotros*, ¡eran invisibles!

El otro, o el mismo que le sacudiera el primer leñazo, con una pierna o brazo que se le antojaron a Evans descomunales, le sacudió un estallido en mitad de la espalda que le produjo la sensación de que habían hecho, por lo menos, dos de él.

Pero Donald, un hombre fabuloso que había salido con bien, airoso y triunfante, de situaciones quizá más delicadas, más expuestas, tuvo la inspiración de atrapar la extremidad, superior o inferior, que acababa de producirle tan violento castigo.

Se aferró a ella como podía el náufrago aferrarse al clavo ardiente que significaba la salvación.

Y la salvación de Donald Evans consistía únicamente en mantener el contacto físico directo con su invisible enemigo.

Era enorme, sí. Como había imaginado.

El cosmoagente no se dio ni un segundo de respiro porque intuyó para sus adentros que las proporciones gigantescas de su antagonista le restaban agilidad y capacidad de maniobra.

Calculando dónde podía tener aquella bestia el vientre le empotró la cabeza.

Escuchó un rugido infrahumano.

Repitió a la altura de lo que debían ser los genitales.

Echándose atrás para recobrar el aliento pero sin concederse tregua, embistió de nuevo al mismo sitio calculando que el invisible, a causa de los anteriores trallazos, se mantenía inmóvil, como máximo bamboleante.

Su testa dorada se hundió en lo que suponía los testículos de aquella mole que al tacto sabía muy peluda y el alarido, ahora, casi le estalló los tímpanos.

Pero el segundo de… *vosotros* no permanecía de brazos, o lo que fuesen, cruzados.

No.

Por eso Evans tuvo la sensación, repentinamente, de que un huracán lo succionaba hacia su epicentro y la violencia del aire en movimiento le golpeaba de tal forma que las sienes le dolían con amenaza de reventar y en algunos puntos de su cuerpo la presión era tan intensa y el lacerado tan doloroso, que sentía próximo su fin.

En una de sus percepciones aún racionales le sorprendió, en pleno hundimiento físico no obstante, ver el gesto de horror, de repulsión, que estaba vivo en el exótico rostro de Marcia como si a pesar de haber sido la inductora de todo aquello no estuviese de acuerdo con el modo de obrar de… *vosotros*.

Fue sólo una percepción fugaz porque la presencia del dolor y la impotencia ejercían preponderancia sobre el intelecto de Evans.

Pateaba en el aire, como un monigote, buscando la manera de zafarse al mortal abrazo.

El ente invisible cometió, entonces, un error que a pocos segundos vista le resultaría irreparable.

Lanzó a Evans contra la pared convencido de que le haría polvo el cráneo.

También lo entendió así el cosmoagente y por eso, en el aire, dobló en escorzo incomprensible su atlética figura de forma que entró en contacto con el muro pies por delante, encogidas las piernas, para flexionarlas cuando ya las suelas del calzado entraban en colisión con el

mamparo consiguiendo proyectarse atrás, girar a la inversa y formando un remolino con su cuerpo como si fuese un barreno atómico, quedar en pie frente al que suponía aturdido ser.

Pensó el hombre de la KOSMOS SECURITY que el volátil y simiesco agresor no se habría movido del punto desde el que lo había lanzado contra la pared.

Y sucedió algo que dejó boquiabierta a Marcia, la cual, encogida en un rincón, contemplaba el singular duelo del sorprendente Evans con… *vosotros*.

Algo inverosímil, sí. Donald había alzado velozmente la manga derecha de la camisa para dejar en completa libertad el antebrazo… ¡antebrazo que pareció desdoblarse y de cuyo interior, de la abertura que evidenciaban el físico y el superpuesto, brillaban chispazos azulados de muerte!

Un rugido siniestro:

—¡Augggggggg!

Y al instante, por los efectos carbonizadores del láser, en el suelo se dibujaron cobrando real apariencia, restos chamuscados de una piel simiesca de largos pelos, cuyo carnal contenido fuera absorbido por el áurea extintora de las chispas.

Uno de sus enemigos invisibles a los que la muerte parecía devolver parcialmente evidencias corpóreas había sido extinguido.

Pero el otro estaba encima de él pretendiendo destrozarle el letal antebrazo.

Evans buscó a ciegas lo que debía ser el cuello de aquella mole aferrándose a él con ambas manos y comenzando a estrangularlo aunando para ello en el intento toda su enorme capacidad destructora.

Notó bajo los dedos cómo cedía ligeramente la ferocidad de la bestia percibiendo al mismo tiempo lo dificultoso y agitado de su respiración, el hálito estremecedor y fétido que se estrellaba de lleno en su cara.

Sin dejar de apretar la garganta del ser con brutal vehemencia, Donald se balanceó teniendo como punto de apoyo el propio gaznate de su enemigo y con los dos pies le cosió a terribles puñetazos que hicieron mella en el otro formando un encogimiento.

Evans entonces abandonó, bruscamente, la presión que ejercía en el cuello de enorme diámetro y al entender que el ente se venía unos centímetros abajo acusando un desfondamiento físico progresivo, le machacó lo que supuso la frente, sucesiva y alternativamente, con el filo de ambas manos, que se habían convertido en martillos demoledores.

Oyó un feroz graznido:

—Oggggg!

Después llegó a sus oídos un sonoro topetazo.

Su segundo antagonista acababa de apelotonarse en tierra, tan muerto como el primero.

—¡Qué horror! —gritaba Marcia.

Pero tal exclamación no despertó, ni mucho menos, la piedad de Donald Evans hacia ella.

Más bien, lo contrario.

El de los rizos de oro cayó frente a Marcia como un vendaval propinándole una sonora y lacerante bofetada que le envió contra la cama.

—Ahora charlaremos tú y yo, prenda —le dijo, volando otra vez a su lado y con sonrisa ominosa.

—¡No…! —se cubrió la chica su rostro con las manos.

De todas formas, él, insistió en el castigo enrojeciéndole las mejillas a bofetadas.

—Tienes que explicarme muchas cosas, Marcia Stafers.

La mujer hizo un significativo ademán de mutismo apretando los labios con fuerza.

—Sólo te lo preguntaré una vez, amiguita. Sólo una: ¿Para quién trabajas y por qué?

Marcia apartó las manos del rostro y clavó sus ojos de noche impenetrable en la faz ahora intransigente del rubio.

Tras ensayar ella una expresión de abatimiento, un gesto elocuente que bien podía equivaler a: «¡Es inútil que siga callando!», repuso:

—Para… *los que no están.*

CAPÍTULO VI

Evans se quedó boquiabierto.

Lo mismo que si un niño acabara de pegarle un soberano manotazo en la frente y él, incapaz de reaccionar, se preguntara para sí: «¿Cómo permito que este enano me golpee, sin pulverizarlo?»

Aquello era lo más estúpido, absurdo e inverosímil que había escuchado en toda su vida.

Repitiendo al final de su abstracción:

—*Los que no están*… ¿Pretendes tomarme el pelo, Marcia Stafers?

—No… —susurró encogida sobre la cama—, ¡de verdad que no!

—¿Qué es eso de… *los que no están*?

—Acabas de enfrentarte a dos de ellos.

—¿Los invisibles?

—Sí…

—¡A ver si me aclaro! —dio una palmada en el aire. Preguntando como si su cerebro acabara de iluminarse con la verdad—: ¿Son los entes que proceden de EXIT… los que tú me has dicho por videófono que ponen en peligro la seguridad mundial y se convierten en la posible hecatombe que amenaza con la extinción de la humanidad?

—No lo tengo muy claro, Donald.

—¡Marcia! —se inquietó el cosmoagente, brillándole ominosas sus azules pupilas—. ¿A qué estás jugando?

Ella, de pronto, estalló con un copioso y sonoro llanto. Daba la sensación de ser víctima de un shock histérico porque comenzó a zozobrar y emitir extraños ruidos con la garganta al tiempo que las lágrimas brotaban caudalosas empañando sus hermosísimos ojos.

Podía ser un nuevo ardid, sí.

Pero Evans tenía la suficiente experiencia con las mujeres como para

distinguir entre un llanto sincero, explosivo y vehemente, y otro gestado por una finalidad ficticia.

Acarició, con suavidad y ternura, el brillante cabello de la hembra.

Con su propio pañuelo empezó a enjuagar las rumorosas lágrimas que rodaban por las volcánicas mejillas de la hembra.

—¿No crees que te sentirás mucho mejor si me cuentas la verdad, pequeña?

Amagó un nuevo estallido de llanto, exclamando con voz entrecortada, sollozante:

—¡La vida de mi padre está en juego, Evans!

—Explícamelo.

Hipó, sirviéndose del pañuelo que ahora él había dejado en sus manos tersas de tinte ocre oscuro.

—Se llama Kenneth Stafers… ¿No has oído hablar de él?

—Algo me baila por la cabeza pero sin concreción. Te escucho.

—Mi padre… ¡hip! —nuevos sollozos que hizo un esfuerzo por dominar, siguiendo—: Papá es un cirujano genético que ha efectuado notables descubrimientos científicos experimentando siempre con animales. En los últimos tiempos venía efectuando ensayos en diminutos animales, como las hormigas y otros insectos, en los que pretendía experimentar la acromegalia… —le hizo una breve exposición de lo que era y en qué consistía la acromegalia—. En los que la estaba experimentando en búsqueda de equiparar sus cuerpos menudos a su desarrollada inteligencia, en una proporción lógica desde luego, con la pretensión de que pudieran convertirse en valiosos aliados del hombre, supliéndole incluso en determinadas tareas.

Hizo un breve alto que empleó en seguir restañando su ahora menguado llanto y dijo luego:

—Mi padre desapareció hace un mes y al día siguiente recibí una nota en la que se me conminaba a no comunicar tal evento a las autoridades si deseaba volver a encontrarme con papá… vivo. Obedecí, con la lógica incertidumbre, dispuesta a esperar nuevas noticias, las cuales no se produjeron hasta diez días más tarde. Fue una llamada por videófono, de este tipo que se ha hecho pasar por mi hermano, el cual me anunció que debía colaborar con ellos… con los que después me dirían llamarse *los que no están*, si deseaba que mi padre regresara con vida. Entendí que a él estarían utilizándolo a cambio de mi vida y se disponían a hacer lo propio conmigo.

—Y te pidieron que colaborases en mi ejecución, ¿no?

—Sí…

—¿Ha sido ésta la primera vez que veías… ¡bueno, es un decir!, a *los que no están*?

Asintió, añadiendo:

—Fred Russell, así se me presentó el que se hizo pasar por mi hermano, me habló de ellos. De los que… *no eran*, de lo que estaban dispuestos a hacer si no les obedecía.

—¿Y cuáles eran sus pretensiones, o cuáles son?

—No lo sé con exactitud. Parece ser que necesitan ciertas cosas de las que disponemos los terrestres para trasladar su habitar desde EXIT a otro astro de proporciones físicas superiores. ¡Pero no sé hasta qué punto se puede dar credibilidad a esa historia!

Iba a decir algo Donald cuando en la estancia, súbitamente, estalló un incordiante pitido.

Que se repetía en cortas intermitencias.

«Tiiit… tiiit» «Tiiit… tiiit» «Tiiit… tiiit».

De una forma mecánica y ante el asombro de Marcia Stafers, Donald, con movimientos de autómata y sin mirar, presionó la parte superior de la uña de su pulgar izquierdo; cedió aquélla hacia abajo, como metiéndose dentro de la piel el dedo y descubriendo, entre las uñas falsa y verdadera, debidamente encajado, un potentísimo y microscópico transmisor-receptor de largo alcance… de ilimitado alcance.

Se acercó el dedo a los labios y habló:

—¡Evans a la escucha! ¡Evans recibiendo la llamada de la central de KOSMOS SECURITY! ¡Adelante!

Y la voz del jefe supremo, Jeremy Powers, soltó como un rafagazo de rayos carbonizadores:

—¡Central KOSMOS SECURITY a Evans! ¿Me recibe?

—*Yes*, jefe.

—¿Empezamos ya, Evans?

—Señor, señor…, retiro lo de jefe, jefe. ¡Oh…!

—¡Evans de todos los demonios! ¿Es que nunca se puede hablar en serio con usted?

—Depende, jef… ¡señor!

—Trasládese inmediatamente a esta central.

—¿Qué ocurre, señor?

—Alerta Roja.

—¿Por lo de esos seres de EXIT…? —sorprendió Donald al que le oía desde el puesto de mando de la KOSMOS SECURITY—, ¡*los que no están*!

Sorpresa y a voz de grito:

—¡EVANS…! ¿Cómo sabe usted eso?

—Porque soy un manitas en primer lugar, o un cabecitas mejor dicho —ironizó el cosmoagente. Añadiendo—: Y porque hace muy pocos minutos, *los que no están*, que han estado, a poco si acaban conmigo.

—¡Ponga en rumbo a su Turboshort y le quiero aquí en menos de lo que cuesta decirlo! ¡Es mucho lo que está en juego, Evans! Las ironías y el cachondeo en el bolsillo, ¿está claro?

—Diáfano, jefe.

—¡Señor!

—Señor… —y escondió el minirreceptor dentro de la uña postiza. Miró a la confusa Marcia y dijo—: Tengo que irme, pequeña.

—¡Llévame contigo, Donald! —salió de un brinco de la cama colgándose, temblorosa, del cuello del cosmoagente. Suplicando con ojos y voz—: ¡Por favor! ¡Quiero ir contigo! ¡Serte útil! Si me abandonas… me matarán y harán lo propio con mi padre. Quizá pueda ayudarte en la lucha, contribuir a su destrucción. Te lo ruego…

El aliento de Marcia quemaba cerca de los labios de Donald. Embriagaba la mente del rubio aquel calorcillo incitante… Por eso se adueñó de la roja y agrietada boca de Marcia sintiendo un extraordinario placer dentro de sí cuando ella envió su lengua húmeda, tibia, acariciante, a caracolear en la de él.

De no haber sido por la urgente llamada de Jeremy Power y porque Evans era muy consciente de la gravedad del momento, hubiera poseído a Marcia en aquel instante sobre el lecho tentador que se ofrecía ante ellos.

Terminó el embravecido beso y anunció él:

—De acuerdo, muñeca. Pero piensa que a mi lado quizá corras más graves peligros.

—No me importa.

—Tendrás que esperarme en algún lugar, Marcia.

—¿No puedo ir a esa base?

—Prohibido, pequeña. Te hospedarás en el hotel de un amiguete de toda confianza. Nos queda de camino hacia el punto donde he dejado oculta la maleta convertible.

—¿Maleta convertible? —se sorprendió Marcia.

—Olvídalo.

—¡Eres fantástico, Evans! Infundes confianza y seguridad. De no ser porque han secuestrado a mi padre, ¡les agradecería a *los que no están* el que hayan permitido conocerte!

—¿Y el que casi hayas contribuido a mi asesinato?

Hubo una cortina de tristeza, una nube de culpabilidad empañando los aún llorosos y siempre bellos ojazos de aquella criatura de excepcionales y pródigos encantos.

—Por favor… —rogó.

—Perdona, de veras… perdóname —dijo él, reconociendo su falta de tacto. Preguntando—: ¿Nos vamos?

Asintió ella procurando ensayar una tímida sonrisa.

CAPÍTULO VII

Lewin Jarrat, teniente de la *National Police* asignado al Precinto 32 de la ciudad de Nueva York, distrito del Brooklyn, se ponía de muy mala leche la noche que de acuerdo con las disposiciones del servicio le correspondía pasársela de guardia.

—¡Asco de vida, joder! —exclamó desabridamente, para sí pero en voz alta, al entrar en su despacho—. Año 2033 y se siguen «pelando» guardias… ¡jo, con el avance! Y seguro que mis antepasados pensarían que por estas fechas indignidades como la que me dispongo a vivir esta noche estarían reservadas a los robots, a los androides, a cualquier ingenio parido por la fértil imaginación del hombre. ¡Una mierda para ellos! Y otra para mí que me tengo que chupar la guardia.

Luego de soltar unos cuantos y variados tacos más se tiró en el fondo de la butaca y subiendo las piernas hasta cruzar los tobillos encima de la mesa, trató de matar las horas enfrascándose en la lectura de una novela de temática futurible.

—¡Leche que son bestias estos escritores! Un centauro que hace el amor con una marciana y la deja preñada… ¡qué estupidez! Pero si no fuera por estas estupideces literarias —se dijo a sí mismo, convenciéndose—, la noche, ¡joder!, se haría interminable.

Y se dejó embeber de nuevo por el argumento.

Cuando ya se había tragado casi la mitad de la novela uno de sus subalternos le avisó de que un tipo llamado Ian Stack deseaba hablar con el teniente de guardia.

—¿Y no puedes atenderlo tú, Gary?

—Lo he intentado, teniente. Pero insiste en que si no habla con usted no lo hace con nadie.

—¡Que pase! —exclamó cabreado, tirando la novela por encima de la mesa luego de doblar una hoja como punto.

—Me llamo Ian Stack y soy vidente —se presentó el tipo.

Lewin Jarrat, como si quisiera seguir la broma, dijo:

—¡Oh, qué bien! Después de saber que un centauro deja preñada a una marciana, yo me trago lo que sea amigo Stack. Así que vidente, ¿eh? ¿Y qué ha visto, hombre de Dios?

—A… *los que no están*.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué maravilla! Sus poderes de *vidente* llegan tan lejos que es usted capaz de ver hasta *los que no están*, ¿eh?

—Así es, teniente. Aunque usted se lo tome a pitorreo, es así. Los extraterrestres están entre nosotros…

—¿En qué quedamos, amigo Ian…? —le cortó, burlón, el policía—, están o no *están*.

—¿Puede escucharme cinco minutos sin interrumpirme, teniente?

—Lo intentaré.

Y lo hizo.

La historia de aquel alfeñique que decía «ver» a *los que no están* fue alejando los quiebros burlones del teniente Jarrat, rompiendo su escepticismo y acabó por absorber totalmente su atención otorgando a la narración cabezazos de aquiescencia y admitiendo así su verosimilitud.

Diez minutos después, el teniente se lo explicaba a través del videófono al *Commissioner* quien, sin pensárselo ni un segundo lo comunicaba a los directores de la CIA y Federal Bureau Security Investigation, al Pentágono y de ahí, con la mayor urgencia, a oídos del mismísimo presidente.

Nathaniel Lancaster, primer mandatario de la Confederación de Estados Americanos, al saber la noticia, se sirvió inmediatamente del videófono rojo.

El que sólo se utilizaba en casos verdaderamente extremos.

De gravedad mundial.

—Moscú al habla —contestaron a la llamada. Inquiriendo al segundo siguiente—: ¿Qué sucede?

—Confirmación a la historia que ustedes comunicaron hace poco referente al profesor Pavel Antipov. Un científico estadounidense llamado Ian Stack, que asegura recibir percepciones paraterrenas que le permiten adentrarse en dimensiones desconocidas, dice haber recibido la visita de *los que no están*, quienes le han hecho depositario de sus exigencias para este Gobierno. Las mismas que les han sido planteadas a ustedes. También nos ha sido concedida una semana de plazo para

pronunciarnos. ¿Seguimos de acuerdo con lo establecido en principio, señores?

—¡Por supuesto, presidente Lancaster! Tenemos que aprovechar al máximo esos siete días. La KGB y nuestros servicios de seguridad espaciales están trabajando a tope en el asunto. ¿Acaso habían pensado ustedes en algún modelo de pacto con esos entes?

—¡Eso nunca! Acabo de cursar hace una hora las órdenes pertinentes para que nuestro máximo organismo, la KOSMOS SECURITY, tome cartas en el asunto.

—Nos parece perfecto —aceptaron desde la capital de todas las Rusias. Y quisieron saber—: ¿Estaremos en contacto para recíprocas informaciones?

—¡Por supuesto! —exclamó el presidente de la Confederación de Estados Americanos.

—Buena suerte —le deseó el hombre que estaba en Moscú y que tenía en Washington gracias a la pantalla de videófono.

—Buena suerte —repitió Nathaniel Lancaster.

CAPÍTULO VIII

El control central, puente de mando o como quisiera llamársele de la KOSMOS SECURITY estaba instalado en Dawning Island (Isla de la Alborada), Islas Bahamas —frente a las costas de Florida—, idéntico lugar donde se ubicara anteriormente el sistema neurálgico que había sido el precursor de aquél y del que fuera superagente destacado el padre de Donald, de siglas DANS y de contenido: Departamento Atómico Nacional de Seguridad.

Evans, a bordo de su lanzadera turborreactora sobrevolaba ya aquélla isla situada al noroeste de Pequeña Abaco a la que habíase denominado Dawning Island.

Se comunicó con la torre de control de la base para recibir las oportunas instrucciones relativas a su próxima toma de tierra. La entrada en la isla, que sólo podía efectuarse por aire, de los turboshort's de los cosmoagentes de la organización obedecía a un sofisticado e ingeniosísimo sistema.

Unas circunferencias cuyos diámetros respondían matemáticamente al que hubiera arrojado uno de aquellos ingenios voladores de trazarse un círculo a su alrededor partiendo de su propio epicentro, se alojaban de por medio de un sistema electrónico, después de haberse efectuado el aterrizaje, en el interior de una especie de armario metálico, circular, de quince plataformas, que podía dar albergue a otros tantos turboshort's.

Evans hizo que su lanzadera trazara una espectacular parábola, para situarse encima de una de aquellas rampas circulares, despreciando después olímpicamente el tobogán de descenso, llegando al suelo tras efectuar una toma de tierra al estilo paracaidista.

Luego se dirigió a una de las calles o galerías subterráneas de Dawning Island, que había de trasladarle al edificio principal del

Rombo, o sea, aquel en donde tenía su despacho el jefe supremo que ocupaba un antedespacho anexo, estaba de espaldas consultando unas carpetas parlantes que anunciaban su contenido a través de un sistema de video y fonía, cuando el rubio y atrevido cosmoagente, libertino por más señas, apareció allí reconociendo de inmediato el apetitoso relieve de los glúteos femeninos que daba la postura de ella quedaban excesivamente en primer plano.

—¡Oh, Donald! —suspiró.

Él iba a descorrer la cremallera del rojo uniforme de látex para dar mayor profundidad a la caricia cuando ella se revolvió, evitándolo, para colgársele de su cuello y besarle la boca.

—Ahora no, cariño… —susurró tras el beso—. Jeremy está que arde.

—¡Toma! Y yo. Es que tienes un culito tan delicioso que…

El rostro de Jeremy Power se hizo presente en una de las pantallas del antedespacho.

—¡Quiere dejar en paz el culito de Debbie y pasar a mi despacho!

—Siempre tan oportuno —rezongó Evans—. Y mirando con intensidad a la hembra, aseguró—: Cuando acabe con todo este asunto prometo ocuparme de ti… a fondo.

—¡Que sea verdad, amor! Me lo has dicho tantas veces…

Donald ya se había colado en el *sancta sanctorum* del mandamás.

Jeremy Power. Sesenta años de edad, día más, día menos. Cabellos canos y sienes plateadas. Mirada afable… pero dura y violenta si lo exigían las circunstancias.

—¡Hola, señor! —exclamó con desparpajo—. Aquí me tiene.

Power no se anduvo con rodeos. Preguntó:

—¿Qué sabe de *los que no están*, Evans?

—Pienso que más o menos lo que usted, jefe.

—¡No me llame jefe! ¿Cuántas veces se lo tengo que decir?

Tomó asiento frente al mandamás de la KOSMOS SECURITY y dijo con énfasis irónico:

—Señor… sé aproximadamente lo que usted —y acto seguido le explicó lo sucedido en aquel fonducho de Bal Harbour.

—¿Y no ha detenido a la chica? —se extrañó Jeremy Power.

—No —negó. Razonando—: Es tan sólo una víctima propiciatoria. ¡Ah!, y todos los servicios de seguridad debemos admitir nuestra parte de culpa y torpeza en el hecho de que nos haya pasado por alto la desaparición de un hombre importante como Kenneth Stafers.

—Es posible… —murmuró el director de la organización, pensativo, mesándose los aladares. Preguntando—: ¿Qué piensa usted de todo esto, Evans?

—Me definiré cuando usted me explique su parte, señor.

Lo hizo. Detallando cuidadosamente los hechos acaecidos en Rusia y los ocurridos en la Confederación de Estados Americanos. Y apuntando la posibilidad de que en breve llegasen versiones similares procedentes de otros puntos del orbe.

—¿Qué opina de esos seres, Evans? —insistió el director de la KOSMOS SECURITY mostrando una expresión honda mente preocupada.

—Sé que existen porque sin verlos me he enfrentado a ellos, pero dudo que sean lo que dicen ser y que vengan de donde dicen venir.

—¿Por qué…?

—Tengo mis razones para…

—¡Expóngalas de una vez, diablos! —Jeremy Power estaba nervioso e impaciente.

Donald se adelantó hacia la mesa. Una mesa bastante singular y que se dividía en dos partes. Una, con la extensión y peculiaridades propias de un escritorio. La otra, de igual extensión en un auténtico cuadro de mandos. Con clavijas, pulsadores, palancas, resortes, luces, controles remotos, conexiones y tomas.

—¿Desde cuándo unos entes, por más extraterrestres que sean, por más procedentes del asteroide EXIT… necesitan para ese hipotético traslado a un astro mayor como le dijeron a Pavel Antipov e Ian Stack, necesitan, insisto, oro, diamantes, platino, uranio, etc.? Admitamos que podrían precisar equipos espaciales y astronaves modernas, ¡pero lo otro, ni hablar! Además, ¿no le parece extrañamente sospechoso que esos seres de EXIT, *los que no están* como ellos se auto denominan, hayan esperado a que descubriéramos casualmente su asteroide para darse a conocer, para plantear esas exigencias avaladas con una amenaza de invasión?

Jeremy Power miró en silencio y con fuerza a su subalterno.

—Esa misma hipótesis la he trasladado yo al presidente, Evans. Y él la ha rechazado de plano. Y no porque la estimase ilógica, no… Sencillamente porque nuestra base lunar SELENE-5 ha destacado la presencia de una astronave de características desconocidas, sin identificación externa, que procede de la elíptica de EXIT parece dirigirse hacia la Tierra. Según los cálculos aproximados que se han

establecido, dentro de dieciocho horas ese artefacto espacial se encontrará al noroeste de nuestra interestación IONOS-A2 y a una distancia de 1.806,3 kilómetros.

—¡Puede tratarse de una simple añagaza, jef… señor!

—Lo admito, sí. Pero las instrucciones, y muy concretas del propio presidente, son que usted se traslade a la IONOS-A2 y desde allí se dirija a ese punto de los 1.806,3 kilómetros para interceptar esa nave alienígena. Y no sólo eso, Evans. Ha de procurar introducirse en ella para estudiar esos seres, que lógicamente cuando están entre ellos deberán ser visibles, reducirlos después… REDUCIRLOS, y conducir la nave con esos entes prisioneros hasta la interestación IONOS-A2 donde un cohete turborreactor les trasladará a la base espacial terrestre de Cabo Reagan, en Arizona, para allí interpretar a los que no están y saber exactamente el cómo y por qué de lo que se proponen.

—¡Me sigue pareciendo un tremendo error, Power!

Como si no hubiese escuchado su exclamación, vehemente y casi desordenada, prosiguió el director de la KOSMOS SEGURITY:

—¡Ah…! Me había olvidado decirle que cuando usted se teletransporte a la nave alienígena su Turboshort quedará en poder del control remotoiónico de la IONOS-A2.

—¡Señor, señor…! —insistió Donáis—. Seamos consecuentes. Hay que estudiar la situación bajo un razonamiento de posibilidades lógicas.

—El tiempo apremia, Evans —Jeremy Power seguía actuando como si no oyera las objeciones del rubio. Y quizá no quería oírlas a fuerza de encontrarlas coherentes y para no incurrir en la desobediencia de admitirlas—. Debe usted partir inmediatamente.

Donald, ahora, casi se abalanzó, impetuoso, sobre la mesa.

—Sólo un minuto, señor. Se lo ruego…

Hizo un gesto de contrariedad externa que interiormente traía implícito otro de aquiescencia, el director de la KOSMOS. Accediendo:

—Un minuto, Evans.

—Usted acaba de hablarme de una astronave que desde EXIT parece dirigirse hacia la Tierra… ¿No le resulta extraño, absurdo, que esos entes no tomen la menor precaución con respecto a la trayectoria del vehículo espacial, permitiendo que sepamos de su existencia y ubicación en el cosmos para así poder tomar toda clase de acciones preventivas y agresivas contra ella? ¿No tiene usted la sensación de que ellos quieren que lo sepamos? Que esa astronave ha permitido su identificación deliberadamente… ¿No piensa usted como yo, señor?

—Sí… —acabó musitando Jeremy Power—. Pero…

—¿Por qué? —le atajó Evans—. Se pregunta usted el porqué, ¿verdad?

—Eso me pregunto, desde luego.

—¡Simplemente para hacernos comulgar con la supuesta invasión si no accedemos a sus peticiones! Todo forma parte de un plan ambicioso, genial si se quiere, pero elaborado por un cerebro terrícola. ¡Por un humano, señor!

—¿Y si se equivoca?

—Tengo evidencias, señor. ¿Por qué han pretendido eliminarme a mí?

—Conteste usted mismo, Evans.

—¿Cuál o cuáles son los cosmoagentes de la KOSMOS SECURITY que en estos momentos no tiene asignada una misión concreta?

—Sólo usted… —anunció Power, sin entender demasiado lo que el rubio pretendía—. ¿Adónde pretende ir a parar?

—Al hecho concreto, flagrante… —Donald Evans matizaba intencionadamente todos y cada uno de los vocablos que pronunciaba. Incluso, repetía alguno de ellos—: FLAGRANTE —insistió—, de que el cerebro que ha planeado la hipotética invasión procedente de EXIT en el caso de que no se cumplan las exigencias de los que no están, ha tenido en cuenta hasta el más mínimo de los detalles. No ha dejado ningún cabo suelto. Y por eso precisamente, señor, ha planeado y tratado de ejecutar, sin éxito por fortuna, mi sentencia. Él sabía que en estos momentos el único miembro ajeno al servicio de la KOSMOS era yo… y con toda lógica se me iba a asignar el caso. Las investigaciones preliminares por lo menos hasta determinar la verdadera naturaleza de los hechos. Muerto, nada averiguaba… no interfería en sus proyectos.

—Parece razonable, Evans —admitió otra vez el director de la organización. Pero tuvo que insistir—: No obstante, las órdenes del presidente deben cumplirse a rajatabla. Tiene que partir hacia la IONOS-A2, Evans.

—Disponemos de unas horas, señor… Oiga, mire… —Donald cabalgaba, agitado a la grupa del corcel de su propia excitación y vehemencia. Incluso a Jeremy Power, que se preciaba de ser un buen conocedor del *sui generis* de sus subordinados, le sorprendía verlo expresarse con tal apasionamiento. Le oyó continuar—: ¡Puedo interferir la trayectoria de esa astronave en cualquier otro punto de su órbita que sean los 1.806,3 kilómetros al noroeste de la IONOS-A2! ¡Y

cumplir entonces, exactamente, las órdenes del presidente! Pero antes quisiera seguir la pista que nos facilitó la acción de esa gente contra mí. Tengo un nombre: Fred Russell. Tiene que estar conectado con la persona que le dio las instrucciones acerca de…

—De acuerdo, Evans. Me la voy a jugar con usted y…

—Yo asumiré toda la responsabilidad, señor. Confesaré que desobedecí sus órdenes.

—No sea tan altruista, Evans —dijo, como un poco molesto, Jeremy Power—. Acostumbro a ser fiel y consecuente con mis propias decisiones. Y de cuando en cuando también me apetece correr algún que otro riesgo. Le doy de tiempo hasta mañana por la mañana. Si para entonces no ha conseguido resultados positivos, saldrá de inmediato al encuentro de esa astronave… ¿Queda claro?

Salió del lugar como una centella cruzando el antedespacho donde moraba la cálida y siempre dispuesta Debbie, la agradecida y obediente Debbie, procurando zafarse a la sutil y atractiva tentación de su culito apetitoso.

Ignorándolo, que se dice.

—¡Oh… —exclamó ella al reconocer aquel vendaval y verle pasar por su lado sin envolverla—, Donald! ¡Donald, amor!

Donald «amor» ya estaba lejos de allí.

Dirigiéndose a la sala de computadoras video electrónicas.

Salió al encuentro del rubio arrollador de tiernos y a veces helados ojos azules, la directora de aquel complejo febril de ordenadores, programadores, emisión de datos, etc., etc., que era una preciosa trigueña con un cuerpo menudo, pero terriblemente proporcionado, que reunía las dosis precisas de cuanto se hacía necesario para vivir el sexo con la mayor intensidad.

—La última vez me quedé esperándote, Evans.

—Así la próxima —retiró el con un gesto masculinamente coquetón los rubios rizos que rielaban su frente— me cogerás con más apetito.

—¡Imbécil!

Tras echar una fugaz ojeada en derredor comprobando que en aquel instante estaban muy, pero que muy solitos, Donald ciñó la cintura breve de la trigueña estrechándola contra él, sintiendo muy dentro de él todo el fuego que despedían los pechos volcánicos de ella y buscó la boca roja, húmeda, de labios temblorosos quizá por el mismo deseo.

—No… —apuntó la chica.

—No… —Donald la retiró sin que el beso estallara—, ¿qué?

—¡Bésame, canalla! ¿A qué esperas? ¿No ves cómo me tienes?

La chica se estrujó ella misma contra el cuerpo atlético de aquel rubio inverosímil que donde ponía el ojo ponía…, Ofreciéndole con máximo grado de pasión su boca ávida de caricias.

Respiró ella con ahogados suspiros el aliento de Evans y dijo, perdida, cuando el hombre dio por terminada la efusión:

—¡Aaaah! ¡Me vuelves loca!

—Prometo dedicarte mi primer día libre en su totalidad.

—No te creo, precioso.

La volvió a besar.

Violentamente.

—¿Y ahora, muñeca?

—¡Sí…, sí te creo! ¡Eres… eres la locura, rubio! Después de pasar un día entero en la cama contigo, ¡podré morirme tranquila!

—Tampoco es eso, mujer…

—¿Has venido para… para esto, rubito?

—La verdad, sí. Muy en especial… —mintió Evans, evidencia que no necesitó del más mínimo esfuerzo por su parte—, para esto, sí. Y de paso a que me facilites unos datos. ¿Te importa, cuquita mona?

—¡Lo que me pidas!

—Pues entonces, pequeña… ¡esto! ¿Cómo te llamas?

—¿Lo has olvidado?

—¡Es que no me viene ahora! Y lo tengo en la punta…

—¿En la punta? —ella se esponjó con extremada picardía.

—De la lengua, sí.

—Agnes… Agnes Swanson.

—¡Oh, sí, claro! ¡Agnes! ¿Cómo diablos no…? —la estrechó por la cintura caminando con ella hacia el interior de la sala de computadoras, añadiendo—: Agnes Swanson, necesito toda la información posible acerca de un tipo llamado Fred Russell.

—Eso está hecho, bonitísimo mío. ¡Eres tan rubio… —suspiró como en éxtasis—, y tienes esos ojazos azules! Cuando esos ojos me miren en la cama creo que viajaré al confín más inquietante del universo. ¿Cuándo será, Donald, cuándo…?

—Pronto. Te lo prometo. Tienes fe en mí, ¿verdad, pequeña Agnes?

—¡Como si fueras un dios mitológico!

—Cuánto me halagas, princesa… —y con la diestra iba acariciando las pletóricas nalgas de Agnes quien, por momentos, creía estar

iniciando un viaje interplanetario.

Y bajó de las estrellas para detenerse frente a una de las muchas computadoras que funcionaban a impulsos caóticos ionizados. Una máquina complicadísima de la que surgían, hacia afuera, una barra de acero, diagonal, galvanizada, que terminaba en una plataforma-asiento de reducidas dimensiones.

Agnes Swanson, agitada y excitada, cabalgó sobre la plataforma. Aquella postura hizo reverberar en su cerebro de lúbrico contenido una inflante hipótesis de… Procurando zafarse a aquellas vivencias psíquicas alucinógenas que la encendían todavía más, y mucho más, preguntó:

—¿Qué nombre has dicho?

—Fred Russell.

En un teclado que tenía bastante identidad con el de una máquina de escribir electrónica, pulsó ella cada una de las letras que correspondían al nombre y apellido pronunciado por Evans.

Y tan sólo hubieron de transcurrir quince segundos hasta que se iluminó apareciendo en ella la imagen de aquel tipo que Donald había conocido haciéndose pasar por hermano de Marcia Stafers. Por los circuitos de megafonía, acompañando la exposición visual, surgió un registro de voz hueco, metálico e impersonal, anunciando monótono:

—Fred Russell, nacido en Knoxville, Estado de Tennesse, Confederación de Estados Americanos. Infancia difícil que se desarrolló en infraestructuras subculturales de las que él poco hizo por escapar, pasando después a la geografía de la alta marginación donde ha llegado a ser, actualmente, un individuo de cierto relieve. Aunque ha sido sentado en varias ocasiones frente a un gran jurado sólo en una de ellas fue condenado, cumpliendo dos años de exilio desde marzo del 2027 a febrero de 2029, en el penal estratosférico SPACESECURITY-0, regresando seguidamente a la Tierra para integrarse de nuevo en los ambientes delictivos. En pocos años se ha situado a la cabecera de las actividades ilegales de Miami, merced al apoyo recibido de tres grandes capitostes del hampa, cuyos nombres son: Garland Ralston, quien controla en la actualidad toda clase de operaciones fraudulentas en Nueva York; Buddy Kane, al que se supone boss de todo lo ilegal e inmoral que sucede en Baltimore; y Michael Bannister por último, capitoste de amplia influencia en el abanico bursátil y con importantes conexiones políticas al que se supone, con fundadas sospechas, coordinador y supervisor general de todos los movimientos y logias delictivas que operan en la Confederación de Estados Americanos y algunas de sus zonas de influencia

tanto política, geográfica como económica. Fred Russell, del que una programación de última hora asegura su reciente defunción…

—¡Asombroso! —exclamó, sin poder contenerse, el rubio cosmoagente, al escuchar los últimos datos que facilitaba la computadora.

Y seguía ésta:

—*…solía trabajar en estrecha vinculación con los tres aunque, específicamente y en determinados asuntos, delictivos todos ellos sin duda, estaban preferentemente al lado de Michael Bannister.*

Se apagó el proyecvisor. Inquiriendo Agnes:

—¿Algo más?

—Sí…

Y cuando vino a darse cuenta, aquel «sí»… había continuado dentro de su garganta con el beso excitante, volcánico, que Donald depositaba en sus labios sangrantes en la de ella, en su paladar, como las manos del rubio jovial y libertino haciendo estragos estaban en los glúteos prietos, ardientes, que vibraban con el estímulo.

Cuando Agnes Swanson, mareada, estrábicas las pupilas, agitada la respiración, corriendo sus pechos arriba y abajo como desbocados caballos locos, quiso reaccionar y decirle:

—¡Oh… oh, Donald! ¡Eres único!

Evans ya estaba a bordo de su Turboshort abandonando la rampa de despegue de Dawning Island rumbo al azul cielo, a Miami, al lugar en donde le esperaba Marcia Stafers.

CAPÍTULO IX

El hotel del amiguete de Evans en donde había dejado instalada a Marcia mientras volaba a Dawning Island, se erguía en el centro de Byscatlantic Beach, zona muy señoría y residencial y todo lo acabado en «ial» de Miami.

En verdad era un edificio de apartamentos que se rentaban por largas temporadas, a excepción de sus dos últimas plantas, la 14 y 15, dispuestas con habitaciones lujosas que podían alquilarse, como cualquier otro hotel, por una noche o por unas simples horas… simples pero que siempre solían utilizarse con idéntica finalidad.

Donald cruzó el vestíbulo a grandes zancadas —el plazo de tiempo que le había sido otorgado por Power en relación con las actividades múltiples que en su transcurso había de desplegar, era brevísimo—, saludando al encargado del *comptoir* agitando la diestra en el aire y se coló en el elevador casi cuando éste cerraba las puertas, pulsando el luminoso número 14 del panel de mandos.

Instantes después caminaba por el alfombrado y desierto pasillo de la planta decimocuarta.

Se había detenido frente a la puerta señalada con el número 1405 y alzado los nudillos para golpear la hoja cuando, como si una fuerza invisible tirase atrás de su muñeca, detuvo el gesto.

Quedándose inmóvil.

Muy erecto.

Muy rígido.

¡Porque había creído captar un tenue susurro procedente del interior de la estancia!

Susurro que evidenciaba una queda conversación.

Y teóricamente, Marcia Stafers debía estar sola.

Saliendo de su inmovilidad con rapidez centelleante extrajo de uno de los bolsillos de su pantalón una finísima lámina sensibilizada con aprehensor de ventosa, que adhirió inmediatamente a la madera de la puerta. Del otro extremo de la lámina hizo surgir un delgadísimo y casi invisible cable que culminaba en un miniauditor, llevándolo a su oído.

A través de él quedaron confirmadas sus sospechas, al escuchar:

—Has elegido el peor de los caminos, Marcia —decía una voz bronca, varonil—. La traición. Te has jugado tu vida y la de tu padre. En cuanto a Evans, al que pretendías salvar por lo visto, también le espera la muerte. En cuanto asome por aquí, será ejecutado. Vosotros… —aquel registro fónico brinco dio una especialísima entonación al vocablo «vosotros» y Donald supo al punto quiénes eran: «vosotros»—, ¿estáis preparados?

Una pausa fugaz y hasta la oreja del cosmoagente llegaron unos gruñidos ininteligibles.

Notó también una pequeña vibración en aquel que hablaba y que a continuación pareció responder a alguien que estaba en el exterior del edificio y que se comunicaba con él por medio de un juego de videotransmisores de bolsillo, en los siguientes y agitados términos:

—¡Sí, sí te recibo Sparv!

—…

—¡Perfecto! ¿Estás seguro?

—…

—¡Ya puedes venir hacia aquí entonces! Nosotros nos preparamos para recibirlo.

Fugaz la pausa antes de que escuchara:

—¡Tú galán ya ha entrado en el hotel, princesa! Supongo que recuerdas perfectamente las instrucciones, ¿no? ¡Ah!, piensa que es la última oportunidad que te brindamos de que salves la vida de tu padre, ¿de acuerdo? Cuando Evans llame, le abres con toda naturalidad, caminas abrazada a él hasta el centro del vestíbulo y entonces, te cuelgas de su cuello y le besas apasionadamente. No creo que esa interpretación te disguste, ¿verdad, preciosa? El beso lo prolongas poniendo en él toda tu alma… ¡y el resto lo haremos nosotros!

Muy débil llegó hasta el pabellón auditivo de Donald la tímida respuesta de Marcia Stafers.

—Sí…

Evans desconectó de la puerta el sofisticado artilugio y apenas si tardó diez segundos en tomar una determinación.

Tenía que jugársela.

Partiendo de la base que intentar el acceso por la puerta era suicida y arriesgaba no sólo su vida sino la de Marcia también, aunque ellos pensaban asesinarla de todas formas, sólo una opción lógica la restaba. Lógica y muy arriesgada, desde luego.

El ventanal del vestíbulo y dormitorio de la habitación 1405 daban a la parte exterior de la construcción.

Y eso significaba que el cosmoagente tenía que alcanzar uno de aquellos ventanales por su parte de afuera. Por la cara externa del edificio.

No perdió más tiempo en disquisiciones echando hacia el final del pasillo hasta encontrar la ventana del mismo que accedía al tobogán de emergencia. Tomando uno de los rebordes de aquél como inicial punto de apoyo, Donald se irguió hacia lo alto afianzando sus pies entre salientes y entrantes que formaban los bloques rectangulares de granito e imitación al mármol que configuraban la fachada.

Catorce plantas de altura distanciaban a Evans del suelo.

Un sudor frío perló su frente.

Abajo, las figuras humanas no pasaban a ser mayores que las de una cucaracha vista desde la altura normal de un hombre. Y los autos, algo así como insectos alados que cruzaban cual vertiginosas exhalaciones las cintas encharoladas.

Despacio, con lentitud exasperante, aferrado al resquicio que un bloque dejaba entre otro, avanzó hacia uno de los ventanales.

Un movimiento en falso, la mínima pérdida del equilibrio, un pie que no encontrara el debido apoyo… y todo resultaría fatal.

De repente… *¡resbalaron las suelas de sus zapatos!*

El cuerpo sufrió un brusco tirón y quedó colgado en el vacío porque las manos de Evans se asían desesperadamente casi sólo con las yemas de los dedos, al entrante, exiguo entrante, compuesto o formado por la disyunción de los bloques.

Hizo un terrible esfuerzo de voluntad por no mirar hacia abajo. Y lamentó de cerebro adentro no haber llevado consigo los mandos del teletransporte, olvidados en el Turboshort y olvidados quizá porque no había supuesto que algo así pudiera sucederle, que le habría ahorrado aquella auténtica quimera y avanzado notablemente en el tiempo de ejecución. Pero ahora, ¿de que servía el lamentarse? Tenía que seguir, que esforzarse al máximo, que vencer… porque él era un hombre especial, distinto, nacido para obtener siempre la victoria.

Un ruidoso suspiro brotó como caudal de alivio entre sus labios al conseguir que los pies recobraran la estabilidad entre los salientes permitiendo aligerar la tensión de los músculos y proseguir el avance con claro índice de posibilidades.

Al mirar hacia la izquierda las azuladas pupilas de Evans se percataron de un detalle que había olvidado, quizá a causa de la premura de tiempo. El ventanal que daba al dormitorio estaba acompañado de un balcón cuyas dimensiones le permitían…

¿Permitían?

Era un intento suicida, sí. Pero si salía bien, ¡que tenía que salir!, el más práctico.

Y a renglón seguido efectuó una de las exhibiciones más arriesgadas que había realizado en su vida.

La más temeraria, desde luego.

Soltándose de manos suicidamente, y luego de pies, trazó en el vacío… *¡a catorce pisos de distancia de tierra!*, un triple salto mortal, sin que apenas su cuerpo tuviera lugar ni espacio para tomar el debido impulso.

De haber errado el cálculo en una sola milésima… Donald Evans hubiera estrellado los sesos sobre una de aquellas cintas de pulido y encerado asfalto que como siniestras corrían por debajo, a muchos metros de distancia de sus pies.

Pero su cálculo fue exactamente matemático.

Y el cuerpo del cosmoagente, como una auténtica exhalación, pasó por encima, a escasos milímetros del reborde que formaba la balaustrada del balcón, cayendo dentro de éste.

Se irguió, despacio, asomando por la cristalera.

Podía verlo. Al tipo que estaba junto a Marcia, con una pistola láser en la diestra y un telecontrol en la zurda, de espaldas al balcón y fijo en la puerta de entrada a la habitación.

Evans pasó al interior del dormitorio no sin antes haber cogido una de las pequeñas macetas que servía de ornamento en la baranda del balcón.

Avanzó despacio, sigiloso como un ofidio, casi reptante como aquél, metiendo parte de su cuerpo entre la hoja entreabierta de madera que comunicaba la estancia con el vestíbulo.

Justo entonces, violentamente, arrojó la maceta contra los ventanales del vestíbulo que quedaba en diagonal a él según su posición.

El chasquido fue considerable y los vidrios saltaron hechos añicos.

—¡Maldición! —rugió el tipo, revolviéndose hacia el punto donde había estallado el estrépito—. ¿Qué significa…?

Enmudeció al punto porque se encontró con Evans frente a sus narices.

De manera instintiva hizo bajar el cañón de la pistola láser al tiempo que apretaba el gatillo.

—¡Donald! —exclamó Marcia—. ¡Donald! ¡Cuidado…! ¡*Ellos* están aquí!

Evans no hizo más que fintar con la cintura a la vez que se agachaba con reflejos meteóricos, incrustando su rodilla zurda en la boca del estómago del que veía que las emisiones láser en zigzag no alcanzaban el blanco pretendido y acababan por chamuscar la pared luego de pulverizar unos cortinajes.

—¡Hijo de…! ¡oh…! ¡Aaaaag!

Se encogía como un gusano y Evans entonces le machacó los laterales del cuello con el filo de ambas manos.

—¡Auuuuuuuuuug! —aulló.

Cuando se venía abajo definitivamente Donald le metió el puño derecho entre las cejas, con fuerza tan demoledora, con tan inusitada violencia que no sólo estalló en dos fragmentos la frente del individuo, sino que se fue atrás, disparado, como si le persiguiera un huracán, cruzó los cristales rotos acabando de pulverizarlos y se perdió al otro lado del ventanal, en el vacío, lanzando un aullido tan infrahumano como enervante y estremecedor.

Evans no pudo cerciorarse por completo de la excitación de aquel enemigo porque alguien —uno de los que no están, que estaban, y de cuya presencia le había advertido Marcia— le incrustó un tronco de árbol en la espalda catapultándolo contra la puerta de entrada, en la que estrelló la cabeza con brutal estrépito, con peligroso estrépito para su integridad, diluyéndole con el impacto buena dosis de su conciencia.

Resbaló, pegado a la madera, sacudiendo la castigada testa áurea, buscando recuperar su equilibrio consciente.

—¡Donald…! —gimió ella, asustada, al ver tambalearse al cosmoagente. Y no pudo contener dentro de sus labios un—: ¡Donald, amor! —corrió hacia él paro fue interceptada por uno de aquellos seres invisibles que la tiró con violencia contra un rincón del vestíbulo. Aun así, retorciéndose en tierra dolorida, gritó—: ¡Creo que son tres, Donald! ¡Sálvate, cariño! ¡Sálvate al menos tú!

Evans, turbia la mirada, aceptando las imágenes en un plano de dualidad, se revolvió.

Estaba de espaldas contra la pared, contra la hoja de madera más concretamente, lo que significaba que ningún peligro podía venirle por atrás; lo que significaba que sus antagonistas, invisible pero existentes, venían hacia él, se acercaban de frente, DE FRENTE, dispuestos a exterminarlo.

De frente…

Alzó el antebrazo derecho encaramándolo hacia el punto donde debían acosarle y haciendo derroche de sangre fría esperó unos segundos. Los suficientes que le permitieran adquirir la certeza de que ellos estaban muy cerca ya, de que casi le rozaban con sus poderosos tentáculos extendidos.

Esperó…

Para de pronto accionar el mecanismo que izaba la parte superpuesta del antebrazo y dejaba al descubierto la hendidura de la que brotaban… de la que brotaron en verdad, una sucesión ininterrumpida de letales chispazos azulados.

Evans movía el brazo en abanico, en semicírculo, abarcando con sus zigzagueantes esquirlas de muerte el mayor radio posible, todo el campo de acción donde suponía trataban de desenvolverse sus enemigos.

Escupiendo, sí, muerte y más muerte.

Oyó, con interior alivio y desordenada alegría, gruñidos espeluznantes, agónicos, bestiales.

—¡¡Ogggggggggggggü!!

—¡¡Acskkkkkkkkkk…!!

Que se repetían conforme aquellos entes se retorcían dentro del círculo extintor del láser.

Como si de visiones de cementerio se tratase, de fuegos fatuos, las azules pupilas de Evans, viviendo ahora una expresión de angustia y exterminio, captaron fugaces percepciones, débiles flashes, que revelaban fragmentos de pellejos chamuscados y restos de un largo pelaje que las emisiones láser no habían carbonizado totalmente.

Eran los trozos, las cenizas, de sus volátiles adversarios.

De… *los que no están*. Que ahora, en realidad, no estaban.

Dio unos pasos como de beodo eludiendo pisar los restos chamuscados, las evidencias de que ellos habían estado, para acercarse a Marcia que se estaba, también, incorporando con dificultad para salir

a su encuentro.

Estalló, justo en aquel instante, la puerta de la habitación.

Como si un vendaval acabara de arrasarla, de succionarla, arrancándola de cuajo de la jamba con goznes incluidos.

Claude Sparv, el tipo que había avisado desde fuera de la llegada de Evans al hotel, no preguntó por qué ni el cómo, limitándose a enviar un par de proyectiles vibratorios sobre el cuerpo del cosmoagente.

El rubio, una vez más, fue inverosímil.

Adivinando nada más ver los ojos ominosos de Sparv lo que iba a suceder, se fue por los aires, girando al mismo tiempo alrededor de su cuerpo, eludiendo los impactos que casi hicieron estallar con su onda expansivo-vibratoria las paredes de la habitación.

Donald cayó sobre Marcia arrastrándola de nuevo al suelo para evitar que fuese dañada por la postacción de los proyectiles.

—¡Vete al dormitorio! —la empujó.

—Pero… —inició una tímida protesta.

—¡OBEDECE! —estalló él, casi colérico.

Marcia hizo lo que Donald ordenaba arrastrándose encima de los mosaicos hasta cruzar las puertas del dormitorio y resguardarse tras ella.

Claude Sparv, con expresión de asesino demente, lo que en verdad era, pintada en sus hoscas facciones, contraídas éstas por un espasmo de rabia y odio, saltó dentro de la estancia cubriéndola con un rápido movimiento del arma que empuñaba.

Donald amagó una corta y veloz carrera, haciendo «eses», hacia la izquierda.

El tipo metió allí el cañón de la pistola vibratoria y dos balas a renglón seguido.

Pero Evans se había detenido en seco, fracciones de segundo después de punteado el amago, por lo que no estuvo donde su enemigo suponía y hacia donde había dirigido el mensaje vibratorio de muerte.

El rubio y sorprendente hombre de la KOSMOS SECURITY se elevó desde el suelo en posición geométricamente horizontal al tiempo que sus piernas se movían como tijeras impactando de manera sucesiva, alterna, violenta y lacerante, para estampar la puntera de un zapato en la boca de Sparv y la otra en mitad de la garganta.

—¡Aaaaaaaaaaaaag!

Y con el rugido, se contorsionó lacerado, alzando las manos y dejando caer la pistola en tierra.

Cuando Donald entró de nuevo en contacto con el firme de la estancia se fue otra vez adelante, sin apenas impulsarse, estrellando la frente en la boca del estómago de Claude Sparv que ante la brutalidad de la andanada pareció doblarse primero, encogerse después, y acabó, escupiendo bilis a raudales, por quedarse arrodillado en tierra, medio atontado, como si fuese a entonar una plegaria.

Evans entonces le pasó por encima situándose a su espalda y luego de flexionar para atrapar ambas muñecas del asesino, doblarlas a la inversa y tirar atrás de los brazos, se afianzó en la presa apoyando la planta del pie izquierdo en la misma columna vertebral de Sparv, comenzando a doblarlo con método, pausadamente, para que el otro fuese consciente del paulatino progreso del dolor.

—¡Aaaaaaaag! —repitió.

El cosmoagente aumentó la presión.

—¡¡AAAAAAAAG!!

—Dispongo de muy poco tiempo, Sparv o como te llames. Quiero el nombre del que manda. Del que le daba las instrucciones a Fred Russell, a ese que ha saltado por la ventana, a ti… ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—No pued… —ante la negativa que surgía de la boca del criminal, Donald tiró atrás de los brazos y pisó el espinazo con mayor violencia, obligándole a—: ¡Aaaaaaaaag! ¡Por…! ¡Aaaaaag!

—¡El nombre he dicho! ¡Rápido o te parto en dos!

Y volvió a tirar con más fuerza.

Gritando Sparv, con desesperación:

—¡MICHAEL BANNISTER!

—¿Dónde…?

—¡CHICAGO! Reside en Chicago.

—¿En qué punto es localizable a estas horas?

—En… ¡aug! ¡Suélteme, se lo suplico!

—Quiero acabar de oírte primero, Sparv.

—En un club nocturno de su propiedad. Suele ir cada noche por allí. Se llama LOVE GALAGTIC… en Cicero Red Avenue 106, creo… ¡Suélteme de una vez, por favor! ¡Me está…! ¡Aaaag!

Evans sabía que tras él no podía dejar enemigos con los labios entreabiertos y la lengua dispuesta a cobrar movimiento.

Fue sencillo.

Una presión. Un crujido. Las cervicales astilladas.

Claude Sparv, libre de sujeción ahora, se fue de bruces adelante

quedando muy quieto. Rígidamente inmóvil. Muerto por más señas.

—¡Marcia! —llamó Evans.

Salió la bella hembra con expresión asustada, encogida. Pero se tranquilizó al instante al ver a Donald sano y salvo. Maltrecho y fatigado si se quiere, pero sano y salvo al fin y a la postre.

—¡Oh, amor! ¡Qué alegría!

Buscó refugio en el tórax del hombre que la encerró entre sus brazos y después sirviéndose de sus labios rojos, trémulos, para aliviar la sequedad de boca y garganta, reseca de la pelea.

Tras mover el dulce aliento de Marcia, Evans se relajó unos segundos, exclamando a renglón seguido:

—¡Nos vamos, prenda!

—¿Adónde…?

—A Chicago. ¡Y tenemos prisa!

—Pero… —seguía con sus tímidas objeciones la hermosa morena.

—¡Es un paseo de veinte minutos en Turboshort! Andando, pequeña. El tiempo es nuestro peor enemigo.

Marcia Stafers se detuvo con cierta brusquedad.

—¿Y mi padre? —preguntó.

—Estoy seguro de que no le han hecho ningún daño, preciosa. Entre otras razones porque le necesitan. Daremos con él… vivo. Muévete si deseas que eso ocurra. ¡Vamos, muévete!

—Sí, sí…

CAPÍTULO X

Apenas si acababa de trazar el itinerario en la gráfica computada de a bordo cuando estalló, hiriente como siempre, monótono e intermitente el…

«Tiiit… tiiit» «Tiiit… tiiit» «Tiiit… tiiit».

Evans, al instante, presionó un pulsador rojo que destacaba de entre los demás en el cuadro de mandos.

Cedió un rectángulo de aquél girando hacia adentro para dejar al descubierto por la parte opuesta una minipantalla de televisión.

Y allí estaba el rostro de Jeremy Power, con señales evidentes de nerviosismo, que omitió en esta ocasión los reglamentos en el establecimiento de conexiones, yendo recto al grano.

—¡Evans!

—A la escucha, jefe.

Esta vez no se molestó el director de la KOSMOS SECURITY por el hecho de que su subordinado le llamara jefe.

—¿Dónde se encuentra?

—Rumbo a Chicago para cambiar opiniones y puntos de vista con Michael Bannister.

—Olvídelo.

—¡Señor! No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

—Michael Bannister no está en Chicago. Ni siquiera en la Tierra.

Marcia, que observaba con curiosidad y con infantil deleite incluso los cambios que se iban sucediendo en la expresividad de Evans, vio cómo el rubio manipulaba unas células luminosas seguramente para abandonar el aparato a su autocontrol.

Oyéndole preguntar después:

—¿Quién de los dos está loco, jefe? ¿Usted… o yo?

Jeremy Power siguió ignorando las ironías y pullas del rubios cosmoagente.

Anunció, con matiz solemne:

—Acabamos de recibir un comunicado urgentísimo desde la IONOS-A2. Una potentísima astronave con fuselaje de estilo proyectil procedente de la Tierra y que al parecer abandonó nuestra órbita sin que fuese detectada por ninguno de los sistemas de seguridad y control de los distintos países del planeta, porque se supone iba recubierta de una sustancia que la camuflaba tanto en presencia, volumen como emisión de cualquier tipo de ondas que alertaran su presencia… una astronave que al parecer ha desarrollado una velocidad media de 150.107 kilómetros hora, se ha encontrado hace treinta y seis minutos, en el espacio, a 2.643,4 kilómetros al norte de nuestra intersección de referencia, con el ingenio espacial procedente de EXIT al que se han transportado todos sus tripulantes procediendo a la destrucción de aquel en que habían viajado. Nuestros laboratorios sonda situados a media distancia de la elíptica donde se ha producido el trasvase han obtenido fotoimpactos que proyectados en nuestras pantallas revelan las siguientes identidades: Tuang Ching-Tsé, chino, con residencia en Nankin. Taipeh Noumea oceánico, residente en Papua, Nueva Guinea. Jean-François Moreau, europeo, afincado en París. Abdallah Mubarak, africano, con domicilio en El Cairo. Y Michael Bannister… del que huelgan datos, ¿no cree? Acompañan a ese elevado plantel de peligrosísimos y elitistas delincuentes el cirujano genético Kenneth Stafers…

—¡Mi padre! —exclamó Marcia—, ¡Mi padre! ¡Y se lo han llevado a…! ¡Oh, Dios mío! ¡Le matarán!

—…Tenía razón usted, Evans. El proyecto se había gestado aquí abajo y lo dirige un cerebro humano. Un privilegiado cerebro que responde al nombre, sin duda, de Tuang Ching-Tsé, el cual, según informa el Gobierno asiático, canalizaba lo que ellos llaman la ingeniería delictiva, tanto por los métodos como por las finalidades. Sin embargo, nuestro amarillo enemigo, ha comprendido que su proyecto iba a ser minado por la acción de un cosmoagente de la «KOSMOS SECURITY» y ha emigrado con su estado mayor. ¡Hay que destruirle, Evans!

—Lo sé.

—¡En el espacio!

—También lo sé, jefe. Cambio y cierro.

—¡Oiga, oiga, Evans…! ¡¡OIGAAAA!!

—Oigo, oigo, pero no se irrite. Como siga desgañitándose sacará la lengua por mi pantalla de video-transtelecomunicadora. Oigo…

—¿Qué se propone hacer?

—Se lo diré en un momento, señor: activar los turborreactores a la máxima potencia para que me permitan disparar mi Turboshort fuera del campo gravitatorio terrestre y dirigirme hacia la órbita de la IONOS-A2 con la turbina de superlanzado nuclear abierta.

—¡Puede estallar el aparato, Evans!

—Puede, sí. Pero no conozco medio de que este cacharro alcance una media de 8.740,37 kilómetros a la hora para ponerme en un tiempo aproximado de 150 minutos en el campo de aterrizaje de nuestra interestación.

—¡Pero…! ¡Evans! Ponga rumbo a Dawning Island donde se le asignará una astronave de las características apropiadas para…

—¡Cambio y cierro! —exclamó.

Y lo hizo. Preguntándole seguidamente a Marcia Stafers:

—¿Tienes miedo?

—No…

—¿Sabes lo que me propongo hacer, pequeña?

—Entiendo que alcanzar un punto de referencia en el espacio para cuya distancia y accidentes no está preparado este vehículo en el que volamos.

—No es así con exactitud, Marcia. Pero me has sorprendido por tu facilidad destructiva. El turboshort sí está preparado para eso que me propongo pero… pero no ha sido experimentado con anterioridad. Los mandos han preferido no autorizar la experiencia como medida de seguridad-física hacia los tripulantes. ¿Entiendes?

—Creo que sí…

—Dentro de diez segundos te dolerán mucho los oídos, te vibrarán las sienes, creerás que la cabeza va a estallarte… pero no ocurrirá nada. Bueno, al menos yo pienso que no ocurrirá nada.

Marcia ladeó la cabeza para besarle. Animándole:

—¡Adelante, Donald!

Eso hizo él, ¡adelante!

* * *

—¡Ha sido una locura, Evans! —exclamó, golpeando el panel, Joseph

McFarland, director de la base interestelar IONOS-A2—. ¡Una temeridad! ¡Ha puesto en peligro su vida y la de esa muchacha!

—Pero estamos aquí, ¿no?

—¡Cómo podrían estar fragmentados vagando sus restos por los espacios siderales! —siguió lamentándose, desesperándose casi, McFarland. Y volvió a estallar—: ¡Y lo que es todavía peor, como la primera locura le ha salido bien, pretende efectuar otra! ¡Y pretende que yo colabore en ella! ¿Es que no tiene juicio, Evans?

—Precisamente por eso, McFarland. Tengo que alcanzar ese ingenio volador ahora, de inmediato. Antes de que a Tuang Ching-Tsé se le ocurra uno de sus maquiavelismos de prestidigitación y haga desaparecer la astronave delante de nuestras narices. En este momento aún estoy a tiempo de sorprenderle porque él no espera que mi reacción haya sido tan fulminante, que yo me encuentre viajando ya por el cosmos dispuesto a darle caza.

—Pero lo que me pide es imposible, Evans.

—¡No lo es y usted lo sabe, McFarland! —se irritó el rubio cosmoagente, que ahora parecía haber enviado al destierro sus ironías, chanzas y burlas de hábito—. ¡Y aunque lo fuera habría que intentarlo!

Joseph McFarland, hombre muy delgado y de elevadísima estatura al mismo tiempo, lo cual, sin duda, agudizaba su delgadez, volvió a mesarse una vez más los ralos cabellos rojizos.

Después miró al otro con expresión de duda. Indeciso. Arguyendo:

—¡Evans, Evans…! Tender un canal de fotoiones desde esta base hasta la órbita de la astronave para realizar una proyección de usted en unidad tiempo-espacio, es… ¡es dejar la IONOS-A2 bajo mínimos! Restarle un promedio de energía de 7,81% cada segundo que dure la proyección. ¿Sabe lo que me está pidiendo? ¡Yo no puedo hacer eso sin consultar con la Tierra!

—Si consulta con ellos ya me puedo ir a cagar, McFarland. Sé lo que le estoy pidiendo, sé el riesgo que vamos a correr… Y usted, ¿sabe lo importante que es acabar con un loco de mente diabólica que ha conseguido descubrir un medio de invisibilidad que puede ser el principio de la destrucción terrestre? ¡Hay que impedir que transmita su ingenio a nadie! ¡Hay que destruir a ese individuo y a quienes le rodean! ¡Ahora! ¡¡YA!!

Joseph McFarland miró las azules pupilas de Donald como buscando en ellas un atisbo de cordura que justificase la locura que él iba a cometer, al aceptar:

—De acuerdo, Evans. Usted será mi ruina, pero… ¡Ah, oiga!

—¿Sí?

—Esta vez la chica se queda.

—Por supuesto —cabeceó Evans.

Marcia, que asistía al diálogo de los dos hombres, disgustada, herida quizá, al ver como ellos decidían sin consultarla tan siquiera con la mirada, preguntó:

—¿Puedo decir algo yo… que se supone soy la interesada?

—No puedes decir nada —cortó, autoritario, el rubio—. Los más elementales cánones de lógica y seguridad personal deciden que te quedes, y te quedas. Yo regresaré… con tu padre. Vivos los dos.

—¿Quién me garantiza eso, Donald?

—Sólo Dios…

—¡Pero tú no eres Dios! —protestó ella.

Evans, iniciando una sonrisa irónica pero sin que mediase de irreverencia en su voz, admitió:

—Creí haber dejado eso bien claro desde un principio, ¿no?

McFarland, entretanto, utilizaba el cuadro de intercomunicaciones para consultar el sistema computado de la interestación. Así:

—¿A qué distancia se encuentra de nosotros el artefacto procedente de EXIT?

—A 2.915,607 kilómetros.

—¡Pero…! —exclamó sorprendido el comandante en jefe de la base —. ¿Es que se aleja?

—Se aleja, sí. Ha situado su órbita con relación a la referencia del asteroide EXIT. Regresa hacia él.

—¡Tenía usted razón, Evans! Esa gente pretende huir… —y dijo, dirigiéndose de nuevo a los mecanismos computados—: Dispongan canales de concentración de energía para establecer un pasillo fotoionizado que una esta interestación con las coordenadas de la astronave. Por él proyectaremos en unidad tiempo-espacio a la persona de Donald Evans.

Hubieron de transcurrir ciento veinte minutos y dieciocho segundos para el engranaje computador, anunciase:

—Pasillo de fotoiones, establecido. Cada segundo de demora es una considerable pérdida de energía.

—¡Evans! —gritó McFarland.

Donald dejó de besar a Marcia para exclamar:

—¡Dispuesto!

* * *

Se registró una trepidante conmoción en el interior de la astronave.

Fue como si una fuerza brusca la apartase momentánea de sus coordenadas.

Tuang Ching-Tsé, en el puente de mando, erguido y autoritario, con su impecable atuendo oriental de hábito, palidecido más de lo que ya era por cuestiones de raza.

—¿Quién ha introducido modificaciones en el rumbo? ¿Y por qué?

—Nadie; ha variado el rumbo, honorable señor —contestó una voz.

—Entonces… —comenzó el asiático.

Entonces una columna de fuego y oro bajó del techo de la nave después de barrenarlo y por entre aquélla, como un dios mitológico procedente de las estepas del olimpo, surgió la figura de un hombre muy alto, atlético, de rubios y ensortijados cabellos y azuladas pupilas.

—¡Maldición! ¡Por Confucio! ¡Es… es DONALD EVANS!

—Se te saluda, Tuang Ching-Tsé. ¿O debo llamarte honorable Ching-Tsé? —ironizó el singular y extraordinario agente de la KOSMOS SECURITY.

Ironías aparte, Donald estaba fotografiando la escena.

El asiático y su plana mayor estaban allí, todos, estupefactos, sorprendidos, contemplando con genuina expresión embobada el pasajero que acababa de llegar del espacio.

Sentados frente a los sistemas de control y dirección de la nave estaban… ahora estaban visibles, *los que no están*, aquellos monstruos enormes, simiescos, en quienes se había practicado la acromegalia y recubierto con aquel repugnante pelaje.

Fotografiando la escena, sí, estaba Evans.

Y era consciente de que si no se anticipaba, si no les ganaba por la mamo, si no seguía utilizando al máximo el factor sorpresa… le llevarían muerto a EXIT.

El chino iba a gritar algo, pero Donald, colérico, veloz como una exhalación, se le anticipó.

Haciendo funcionar su vomitor láser situado en el antebrazo.

Entonces, sí, entonces gritó Tuang Ching-Tsé:

—¡DESTRUIDLE! ¡¡DESTRUIDLEEEEEE!!

Había perdido, incluso, su flema y dominio oriental.

Como perdió la vida Michael Bannister cuando se alzaba hacia Evans suponiéndole sin armas e ignorando, por supuesto, el chorro de mortandad que iba a surgir del expulsor de zigzagueante láser oculto entre los antebrazos falso y verdadero.

Al unísono su diestra empuñó un revólver vibratorio que llevaba en una funda colgada de su recubierta espacial a la altura del riñón derecho, alojando de inmediato un proyectil en la cabeza de Taipeh Noumea, que había iniciado un movimiento de agresión, estallándosela.

Tuang Ching-Tsé mientras insistía en sus órdenes de extinción sobre Evans dirigidas a los entes monstruosos que con lentitud, eso sí, le estaban obedeciendo, lanzó al mismo tiempo un pequeño disco hacia el cuerpo de Donald. Este efectuó un salto fulgurante y al revolverse pudo comprobar que la parte del mamparo donde se había estrellado el disco mostraba una abertura de más de cuarenta centímetros, con los bordes negruzcos.

Iba a responder al envío cuando Abdallah Mubarak se interpuso y Evans hubo de embestirle con tal fuerza que fue a estrellarse contra uno de los ahora visibles entes, el cual, tomándolo como enemigo, lo estrujó entre sus poderosos y descomunales brazos, destrozándolo.

Evans, entonces, volaba.

Por encima de la bestia que había destrozado a Mubarak pegándole un tremendo patadón en la cabeza a Jean-François Moreau, quien pretendía huir hacia otros segmentos del astronave, proyectándolo contra un cuadro de mandos que se incendió por completo, al instante, cuando el cuerpo del francés entró en contacto con él.

—¡¡¡A A A A A A A A A A A A A A A AH!!!

Jean François Moreau se estaba asando vivo. Y corría de un lado para otro del puente de mando de la astronave, ciego, excitado, patético, con los brazos que parecían teas alzados al techo y sin dejar de lanzar estridentes aullidos.

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAH!!!

Donald se desentendió de Moreau para ocuparse del par de bestias peludas que se interponían entre él y Tuang Ching-Tsé.

Movió el antebrazo en fugaz semicírculo y los carbonizó al instante.

—¡Maldición…! —rugió el chino—. ¡Les dije que tu muerte era condición *sine qua non* del éxito de nuestro proyecto…! ¡Y no han sido capaces de acabar contigo! ¡Pero yo te reduciré a cenizas, maldito entrometido! ¡Muere!

El chino, conforme a su excitación, lanzaba una daga de láser que

Donald esquivó escorzando el cuello y pese a ello el filo carbonizante a punto estuvo de rozar su piel.

—¡Chino de mierda! —masculló.

La astronave estaba zozobrando debido a las averías producidas en sus sistemas de control y mantenimiento a causa del impacto que Jean-François había causado con su cuerpo.

Estaban siendo engullidos a velocidad alarmante por las corrientes de los abismos que se formaban por las roturas de los campos magnéticos y gravitatorios de los muchos ingenios y estaciones, así como satélites y sondas que poblaban el cosmos.

¡Y podían estrellarse contra cualquiera de aquéllos!

Se sintió, mientras razonaba Donald, literalmente cazado por la espalda.

Uno de aquellos entes trataba de estrujarlo.

—¡Sujétalo… SUJETALO ASÍ! —bramó, enrojecido, convertida su faz oriental en una máscara de odio, Ching-Tsé, mientras encaraba hacia Evans un expulsor láser.

Su vida, ahora, dependía de fracciones de segundo.

Haciendo acopio extenuante de energía, el cosmoagente se inclinó hacia abajo, al máximo, impulsando por encima suyo el cuerpo gigantesco de aquella mole.

Que estalló como un incandescente meteorito contra la escuálida anatomía del asiático quién al ceder al violento impacto, vio doblarse la muñeca cuando accionaba el gatillo… ¡carbonizándose a sí mismo!

Evans salió como una bala del puente de mando accionando un control remoto electrónico que abriría cualquier panel invisible que funcionara como puerta.

—¡Profesor Stafers…, profesor Stafers! —gritó, mientras corría por los pasillos laberínticos de la nave—. ¡Profesor Stafers! ¡Vengo a salvarle!

A su paso iban cediendo parte de los tabiques estancos, aislantes, descubriendo infinidad de habitaciones destinados a las más variadas finalidades. Laboratorios, camarotes, gabinetes médicos y de cirugía, estancias de aprovisionamiento, etc.

—¡Profesor Stafers…!

Por una de aquellas puertas apareció un hombre menudo, de avanzada edad, cabellos canosos y abundantes, expresión entre tímida y asustada, mirando al cosmoagente con un hálito de esperanza en sus ojos grises.

—¡Yo soy…!

—Loado sea Dios. ¡Venga, rápido! ¡Tenemos que salir de aquí!

—Pero…

—¡No hay pero que valga, profesor! Esto puede estallar de un momento a otro… —y llevándose cerca de los labios el cronósfero que rodeaba su muñeca derecha por encima del puño dorado del traje espacial, exclamó, excitado—: ¡Evans a IONOS-A2! ¡Evans a IONOS-A2! ¿Me recibe, McFarland?

—Estamos a la escucha, Evans. ¿Todo bien?

—En parte… ¡este cacharro se hará migas contra el primer obstáculo que encuentre! ¡Tengo conmigo al profesor Stafers! ¡Pero….! ¡Por Dios! ¡Disponga de la proyección! ¡Nuestra vida cuelga sobre segundos!

—Inmediatamente, Evans. El pasillo fotoionizado de retro…

La astronave se vio sacudida por un bandazo que parecía precipitarla hacia un abismo sin fin, hacia la definitiva destrucción.

—¡Nos perdemos en el espacio!

—¡Ahora mismo, Evans! —gritó también, McFarland, desde la IONOS-A2. Añadiendo, patético—: ¡YA!

Donald apretó contra si al menudo Kennet Stafers justo en el instante que una espirar rojoamarilla los succionaba con cierta violencia, llevándoselos, arrancándolos materialmente del interior de la astronave a la deriva, para enviarlos a través del pasillo fotoionizado a otra perspectiva tiempo-espacio.

Instantes después, aquel ingenio volador que en teoría surgiera de la órbita de EXIT se pulverizó, quedando reducido a chispas, flashes de color, estampidos sin sonoridad… a la nada.

EPÍLOGO

—Gracias, Donald —sonrió con cierta amargura Marcia. Insistiendo—: Gracias por todo. Esto… ¿volveremos a vernos alguna vez?

—Todas —sonrió aquel impresionante ejemplar rubio de singular apostura.

Ella, bonita al máximo, excitada al límite, casi murmuró:

—No entiendo.

—Sí me entiendes, prenda. ¿Por qué finges?

Marcia elevó sus manos hacia los fornidos hombros de él.

—¿Quieres decirme que tú y yo…?

—Quiero decir exactamente, eso.

—Per…o, ¿siem…pre?

—¿Te has vuelto tartamuda, Marcia?

—La alegría de pensar que voy a compartir contigo el resto de mi vida no es para volverse tartamuda, no… ¡es para volverse loca!

—Pues debo decirte, muñeca, que eres la loca más deliciosa que he conocido a lo largo y ancho de mi existencia.

—¡Me parece imposible, Donald! ¡Oh, Donald! ¡Oh, Donald, mi amor entero!

Hicieron el principio de lo que no tardarían en hacer al final.

—¿Dónde viviremos…?

—Aquí —Evans señaló hacia el suelo—, allí… —extendió al cielo—, en cualquier lugar.

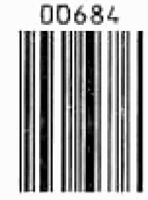
—¡Sí, sí, Donald! Contigo… ¿qué importa dónde?

Eso, ¿qué importaba dónde?

FIN

PUNTO ROJO intriga...
ROJO misterio...
ROJO suspense...
ROJO acción...
ROJO


9 788402 025258

00684


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

1 ***Seminólas***, *indios. Tribu nativa del territorio de Florida.*

2 *Mediacaña, moldura cóncava, que se usa como especie de timón en embarcaciones del tipo de piragua.*

3 *Los seguidores de nuestras colecciones populares recordarán, sin duda, la que publicamos bajo el genérico «ENVIADO SECRETO» que permaneció en el mercado entre los años 1967 — 1969, y en la que intervenían las prestigiosas figuras de Silver Kane, Burlón Haré, Frank Caudett y Clark Carrados. Uno de los personajes de ficción que más popularidad alcanzó por aquel entonces fue el agente del DANS (Departamento Atómico Nacional de Seguridad) EO-002. Donald Evans, al que ahora vuelve a referirse su creador otorgándole continuidad en la presente obra a través de su hijo, protagonista del relato que nos ocupa. (N. del E.)*

4 *En inglés: salida. (N. del E.)*

5 *Se dice en medicina que la acromegalia es una forma de hiperpituarismo que se encuentra únicamente en los seres adultos; los huesos de la cara, las manos y pies, aumentan desmesuradamente de tamaño; el maxilar inferior se prolonga hacia adelante, los labios, nariz y orejas, se desarrollan con exceso; la piel se torna bastante grasienta. Esta enfermedad se atribuye a la secreción excesiva de la hormona hipófisis que es la glándula pituitaria, desprovista de conductos y situada en depresión del esfenoides, inmediatamente detrás de la raíz nasal. Toda ella es de origen ectodérmico, formada a expensas de una invaginación de la parte superior de la faringe del embrión y del conducto neural. Regula la actividad de todas las demás glándulas endocrinas. (N. del A.)*